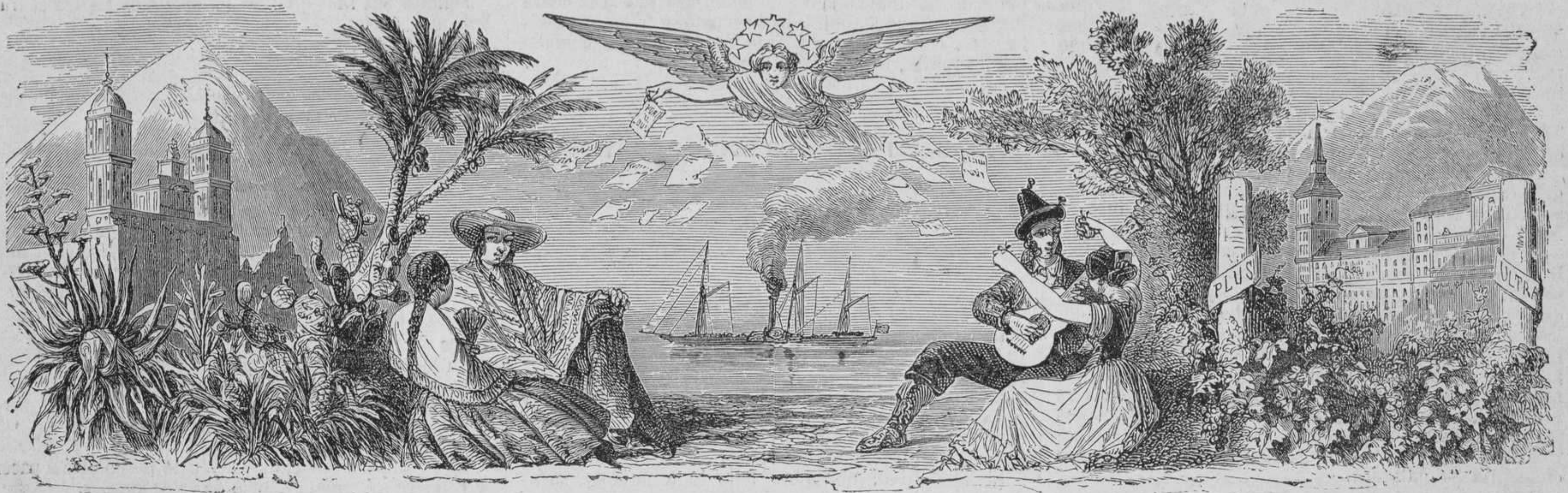


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 17. — N° 280.

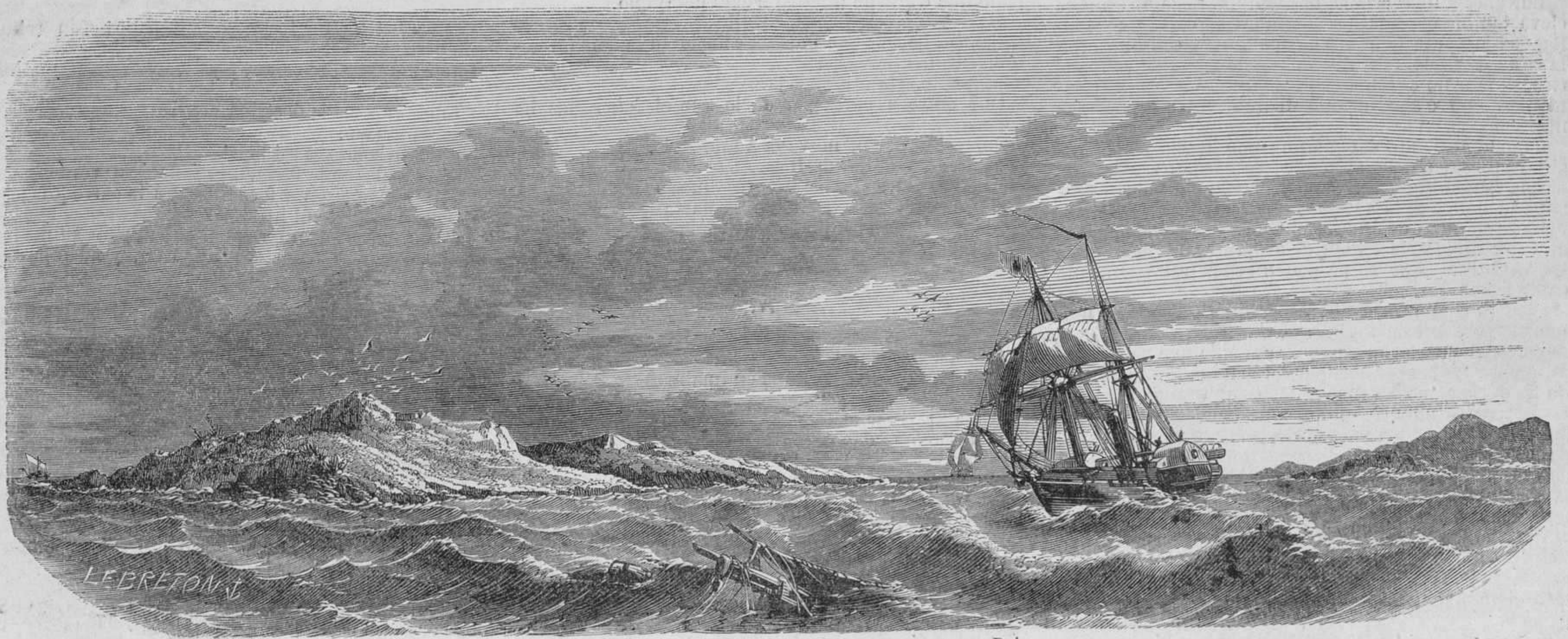
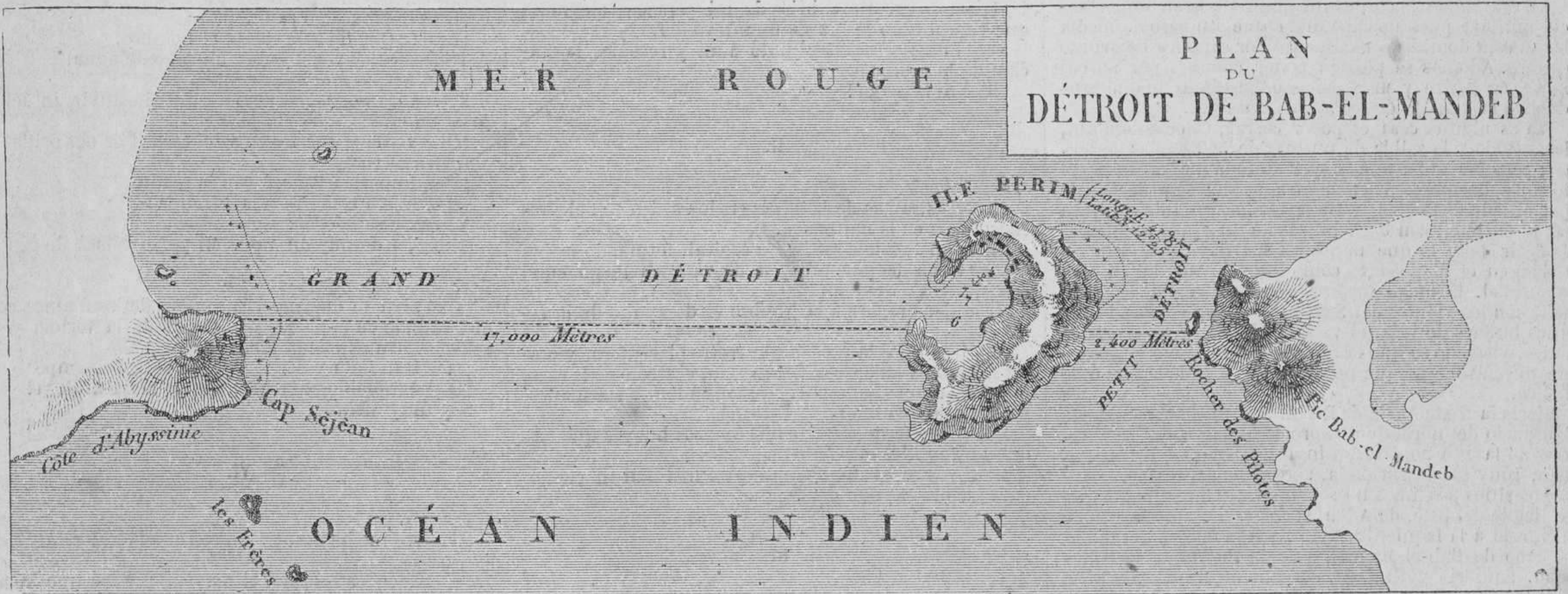
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

La isla Perim; grabados. — Un día del honrado labrador. — Oriental. — Curiosidades inglesas; grabados. — Re-

vista de Paris. — Literatura. — Inauguracion del ferrocarril de Lausana á Ginebra; grabados. — El espadachin. — Proyecto de una fuente monumental para

Burdeos; grabado. — Venecia; grabados. — Discursos pronunciados en la Academia española. — La romeria de San Celerin en la Baja Normandia; grabado.



La isla Perim y el estrecho de Bab-el-Mandeb, en el mar Rojo.

Come, hijo mio, come, que está muy bien sazónada la comida. Tu madre nos cuida admirablemente.
Toma: esto para tí; la mejor presa para mi niño.
¿Qué! ¿No te gusta?
¡Ah, picaruelo! ¿Con que lo decias porque yo la comiese! Ya te conozco.
Cómela tú, hijo mio.
Así.
¿Qué bien lo hemos hecho!
¿No quieres mas?
Ni yo tampoco.
Pónselo al perro, que ya se está relamiendo de gusto.
¿Pobrecillo! Mira cómo meneas la cola en señal de gratitud. Hasta los animales nos enseñan á ser agradecidos.
¿Desgraciado del que no lo es!
Demos nosotros gracias á Dios, porque nos ha dado de comer sin merecerlo.

VII.

Las tres.
El sol camina ya hácia el Occidente. ¿Qué serena está la tarde!
Voy á uncir mis bueyes para volver de nuevo al trabajo.
¿No te vas, hijo mio?
Me alegro. Así llevaré compañía.
Trabajemos.
¿Qué haces?
Suelta esa pobre mariposa, que puedes hacerle daño.
Dios manda que seamos compasivos hasta con los animales, que también son sus criaturas.
Así.
Mira qué alegre vuelve á volar al rededor de nosotros. Mira qué ufana ostenta sus ricos y brillantes colores.
¿Qué grande es Dios en todas sus obras!
Apártate, hijo mio, que vas á pisar ese pobre gusano.
¿Que es feo?
Pues también se ha de convertir en mariposa.
El Señor nos da lecciones por todas partes.
Aprende, hijo mio, aprende; y no olvides nunca la semejanza que hay entre el hombre y ese gusano.
¿Cuál es? Voy á decírtela.
Ese pobre insecto está condenado á arrastrarse sobre la tierra, hasta que cumplido su tiempo se encierre en su capullo, de donde por el poder de la divinidad sale luego con brillantes alas á recorrer el espacio.
Así es también el hombre.
Destinado por Dios á vivir con fatigas sobre un suelo regado con el sudor de su frente, baja al sepulcro para salir de él á otra vida mejor, y su espíritu vuela á confundirse con los ángeles en la eternidad; se entiende, si ha sido bueno.
Quiera Dios que tú lo seas, hijo mio.

VIII.

Las siete.
Ya es hora de descansar.
El sol se va ocultando detrás de aquellos montes.
Las avejillas vuelan en busca de su nido.
¿Qué agradable silencio!
¿Qué misteriosa es la naturaleza alumbrada por el crepúsculo de la tarde!
Solo se escucha de cuando en cuando la voz del ruiseñor que canta sus amores.
Dame la mano, hijo mio.
El amor es el dulce lazo con que Dios liga los corazones sobre la tierra. Tú también amarás algún día.
Quiera Dios que entonces encuentres una compañera digna de tí, una mujer casta, pura y virtuosa, como tu madre.
Mírala. Nos aguarda á la puerta con tus hermanos, para recibirnos como siempre con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón. Corre á abrazarla.

IX.

Las ocho.
Ya ha cerrado la noche.
Mis bueyes están paciando.
Vamos á cenar.
¿Qué rica es la leche de mis ovejas! ¿Qué dulce es la miel que mis abejitas han labrado!
Come, esposa mia; comed, hijos de mis entrañas.
¿Bendito sea el Señor que nos envía el sustento!
El pobre leñador llega á la puerta. ¿Y es un pobre anciano!
El cansancio y la debilidad le impiden seguir su camino.
Que entre.
Dadle de cenar y un buen lecho de paja junto á la lumbre, para que pase la noche. Todos somos hermanos.
Ya hemos cenado.
¿Qué bien me ha sentado la cena!
Ahora vamos á contemplar el firmamento.
¿Cuántas estrellas derraman su luz en el espacio!
¿Qué grande es Dios en todas las manifestaciones de su omnipotencia!
Prosternaos, hijos míos, esposa mia; prosternaos

conmigo, y adoremos al Dios que ha creado los cielos y la tierra con solo el poder de su divina palabra.
Mirad: aquella estrellita señala las horas de la noche y dirige el rumbo de los navegantes. Mañana la vereis en el mismo sitio, fija siempre, como la mirada de Dios sobre sus criaturas.
¿Cuánta armonía! ¿Cuánta grandeza!

X.

Ya son las nueve.
Toma, hijo mio, toma ese libro y lee en él algunas hojas mientras llega la hora de dormir.
¿Cuántas verdades, cuánto amor, cuán dulce esperanza encierran los santos Evangelios!

XI.

Las diez.
Vamos á dormir.
Venid antes, hijos míos, y abrazad á vuestra madre: Ahora á mí. Dios os haga buenos.
No os olvidéis de vuestras oraciones, ni de rogar á Dios por nosotros.
Buenas noches, hijos míos, hasta mañana, si Dios quiere.
¿Qué feliz soy! tengo una mujer amante y virtuosa; tengo hijos obedientes, cariñosos y humildes; tengo salud y fuerzas para trabajar y mantenerlos.
¿Gracias, Dios mio, gracias!

XII.

¿Qué sueño tan tranquilo!
¿Dichoso el que sabe aprovecharse de la vida, para abrirse por medio de la felicidad las puertas de la eterna gloria!

J. M. GUTIERREZ DE ALBA.

Oriental.

A MI QUERIDO AMIGO DON VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

En el oasis de Valata, fresco ramillete que la primavera dejó caer estremecida al pasar el árido desierto.
Rodeado de virginales doncellas y de inocentes pequeñuelos como flor marchita á quien circundan nacientes frescos capullos.
Hay un anciano, que como las flores aroma, y fulgor las estrellas, derrama tesoros de sabiduría.
Su blanca barba se parece á la tierra por otoño cubierta de jazmines.
Sus hundidos ojos á estrellas solitarias en tempestuosa noche.
Y su majestad á la del sol cuando rasga las apretadas nubes.
Si su voz sonora y vibrante toma el acento de la tempestad, embriaga á los guerreros como la sangre al carniceiro tigre.
Si respira melancolía, es como tarde de estío llena de languidez y de dulzura.
Su apacible semblante refleja el brillo de una consoladora esperanza, como las nubes la luz de la luna á la que esconden tras de su gasa, como el mar los rayos del sol antes de que aparezca en el horizonte.
Una tarde, cuando el crepúsculo apagaba la luz del día como las sombras de la muerte las miradas de un moribundo.
Recogido en su interior como las flores que se cierran al venir la noche.
Sintió de repente deleitosísima armonía, y leve como el aliento de un niño surgió del vacío celestial hermosura.
Sus ojos deslumbraban como las arenas del desierto heridas por los rayos del sol.
Su flotante y azul vestidura ondulaba á merced de la brisa como las columnas de polvo que el Simoun arrastra en sus caprichosos giros.
Parecía el sol naciente entre los azulados vapores de la mañana.
« Dios te bendiga, dijo, anciano de la blanca barba.
» Yo soy la hurí que al contacto de sus rosados dedos hará revivir tu corazón.
» Mis negros y centelleantes ojos te infundirán un amor inextinguible y voraz.
» Y mis palabras sonarán mas dulces en tus oídos que las campanas del árbol sagrado.
» Oyeme pues, y que mis acentos caigan sobre tí como el rocío sobre la palmera para dar fruto.
» Sal y socorre á quien por su temerario denuedo era estruendosa catarata, y hoy desfallecido y moribundo es como arroyo que se pierde en las arenas.
» El alma es la flor del hombre, la caridad es el perfume del alma.»
Dijo, y la celeste aparición se desvaneció en el aire como un copo de espuma.
Como la mano que sigue el impulso de la voluntad, marchó el anciano, y tendido sobre la candente arena, como flor hollada por el tigre voraz, encontró un apuesto mancebo que en el delirio de la agonía exhalaba gritos de exterminio.

« Mi yatagan despide centellas como los ojos de un soberbio guerrero, y solo se aplaca viéndose tinto en sangre.

» Pero yace abandonado por tierra y servirá de juguete al hambriento leon, como el combatiente vencido á los pies de su adversario.

» Salta, yatagan, y como el moribundo antes de expirar reúne fuerzas y hiérole en el corazón.»

Llegó el anciano; vertió sobre el joven refrigerantes espíritus, y la calma, como el sol que ahuyenta los terrores del malvado, descendió á su pecho disipando las imágenes del delirio.

— ¿Quién eres? le preguntó el anciano; ¿eres la mañana que aparece ó la tarde que se apaga?

— Soy muy joven: veinte veces desde que nací han ido las doncellas á recoger la flor primera que se abre al márgen de la fuente.

Veinte veces hemos levantado nuestras movibles tiendas para ir á las orillas del mar huyendo de los rayos del sol.

En la última primavera Kinzuh-Lehmal me miró, y á sus miradas nacieron en mi pecho los amores, como las rosas al halago del lumínar del día.

Kinzuh-Lehmal es hermosa como una alborada.
Sus ojos despiden una luz suave como la estrella que desaparece.

Su boca es un clavel con brillantes perlas de rocío.
Sus negros cabellos reverberan como los mares la luz del sol.

Su hechicero semblante tiene el color del crepúsculo cuando se disipa.

Si danza es como ligera niebla movida por las auras.
Respiraba con su aliento: mis ojos seguían la ondulacion de su blanca vestidura, como la sedienta caravana el paso de la benéfica nube que promete la lluvia esperada.

Una vez me brindó con un beso, y semejante al niño que contempla el mar por vez primera y teme receloso lanzarse á sus saladas ondas, quedé estático y mudo creyendo enloquecer.

La envidia, moho de la felicidad, turbó mi dicha.
¿Quién no llora en el mundo su desgracia? Las flores pierden el aroma que les arrebató el céfiro: la primavera esconde su espléndido manto de verdura cuando llega el invierno: Dios siente su corazón lacerado viendo los protórvos que en el mundo se abrigan.

Arrebatáronme la dicha y dejaron mi pecho como jardín florido despues de una tempestad asoladora.

Al saberlo quedé inmóvil como un torrente detenido: el amor y la ira me hicieron romper los valladares y correr con mis armas y mi caballo en seguimiento de la estrella de mi vida.

El desaliento y la fatiga me han vencido; socórreme, anciano, y alienta mis esperanzas.

— No desmayes, has cedido al rigor de tu desgracia como la palmera al empuje del huracan; levanta tu frente alta para recoger los rayos del sol de la felicidad.

Kinzuh-Lehmal está aquí. Habeis nacido como dos flores en un mismo tallo: yo confundiré la llama de vuestros amores.

El buen anciano cumplió su promesa; los dos amantes reposaron bajo una misma tienda.

LUIS BARTHE.

Curiosidades inglesas.

(Véanse los números 272, 275, 276, 277, 278 y 279.)

UN PASEO POR LA CIUDAD DE LONDRES.

Muchas personas que no han visto Londres se figuran ingenuamente que es una ciudad. El engaño se comprende: dos millones de habitantes repartidos en mas de doscientas mil casas, parece deben formar en efecto una aglomeracion bastante compacta para justificar esa opinion. No obstante, en realidad Londres no es otra cosa que una inmensa colmena; sus casas son las celdillas, y esa poblacion afanada é industriosa es el enjambre de abejas. No imagino nada que pueda dar una idea de la prodigiosa actividad que reina en las doce mil calles, que son como las arterias y las venas de ese cuerpo gigantesco, si no es la boca de un hormiguero en el instante en que un muchacho introduce una paja en las vias de esa ciudad oculta; pero esta imagen es débil aun. Solo el Océano, agitado sin cesar por el movimiento constante y regular del flujo y del reflujo, puede hacer comprender las oscilaciones continuas de esa muchedumbre que corre y se renueva sin intervalos.

Esa actividad extraordinaria es seguramente el indicio de un trabajo general. Sin embargo, calculadores ingeniosos, de esos que pueden impunemente agrupar cifras sin pruebas en su apoyo, no temen afirmar que en Inglaterra solo pueden contarse unos diez millones de individuos consagrados al trabajo; lo que dejó suponer una poblacion contemplativa y parásita de unos quince millones.

Por mi parte confieso que me sorprende ese cálculo; yo no he visto ociosos sino por las ventanas del club de la Reforma. No obstante puede ser que la estadística tenga razon, sin que lo parezca; pero aun entre esos parásitos de toda clase y estado, ¿qué movimiento y qué actividad se descubre!

Lo que asombra desde luego al entrar en Londres es la anchura de las calles, el crecido número de squares que son como otros tantos oasis en el laberinto de esas vías babilónicas cuyo fin no se distingue nunca. No puedo considerar sin espanto la insoportable confusión que podría resultar en los radios de la circulación, sin la inteligente previsión que abrió á la actividad inglesa esas vías espaciales. Otra ciudad estallaría con ese esfuerzo de presión, como una caldera en que se acumula el vapor con exceso.

Londres se aumenta cada día extendiéndose cada vez más. Si volviera al mundo un contemporáneo del reinado de Jorge III, en vano buscaría hoy Primerose-Hill, donde los refinados de la época iban á cruzar los aceros; — Paddington y sus hermosos retiros; — Flington, donde Walter-Raleigh hallaba antiguamente la soledad, y Hampstead, donde los tenderos se paseaban á caballo los domingos.

Todas esas bonitas aldeas y otras muchas se fueron incorporando á la metrópoli. A medida que la población de Londres se aumenta, absorbe algún pueblo como para dar habitación al excedente, sistema que extiende mucho la ciudad. Por eso Londres ofrece la anomalía de una población profundamente distinta en su constitución, sus costumbres y sus instituciones civiles y judiciales. Su territorio comprende la cité de Londres, la de Westminster y diferentes aldeas, como Finsbury, Mary-le-Bone, Southwark, Lambeth, etc. La ciudad está situada sobre tres condados, que son, Surrey, Kent y Middlesex. Su extensión es de unas doce millas del Este al Oeste y de unas siete millas del Norte al Sur, lo que da un espacio superficial de unas treinta y cinco mil hectáreas. Babilonia y Tebas con sus cien puertas; París que parece tan grande, son miniaturas comparadas con ese monstruoso Leviatán.

La inmensidad tiene algo de sombrío; Londres con su prodigioso desarrollo me entristece, y nunca he visto á un viajero que haya traído de Londres una impresión agradable. No acuso de esto á los ingleses; ciertamente no hay en el mundo un pueblo más cuidadoso que el inglés de agradar á los extranjeros, y estoy bien persuadido de que siente no haber podido transportar aun el cielo de la India á las orillas del Támesis.

Tratemos al menos de formarnos alguna idea precisa de semejante ciudad, y para eso daremos por ella un rápido paseo. — Hemos aquí en Hyde-Park: habría podido edificarse una ciudad de segundo orden en el terreno ocupado por Hyde-Park y los deliciosos jardines de Kensington; pero la magnificencia inglesa ha preferido destinar al recreo esos hermosos céspedes, esas sombras y esas grandes alamedas.

A la derecha de Hyde-Park, mirando hacia el Este, tenemos Belgrave-Square, barrio aristocrático donde la riqueza y el refinamiento han realizado á beneficio de los señores sajones todos los milagros de lujo y de profusión de la vida asiática. En el ángulo del paseo que toca á Picadilly, vemos Apsley-House, palacio del duque de Wellington. Estando en vida este señor, sucedió que una vez el pueblo amotinado tiró algunas pedradas á los balcones de Su Gracia; las ventanas se cerraron entonces para siempre, pues dijo el duque que no quería componer sus cristales á cada motín que hubiese en Londres.

Nos hallamos aquí en medio de los recuerdos de la gloria militar del héroe de Waterloo. El arco de triunfo levantado enfrente de Apsley-House es un monumento de las hazañas del noble duque. No podemos dejar de mencionar el Aquiles elevado en Hyde-Park por la admiración de las damas inglesas al gran capitán inglés, estatua colosal en la postura de un gladiador, y que el artista no cubrió con el menor vestido, faltando sin duda á la intención de las fundadoras.

Picadilly fué en otro tiempo el centro del comercio de la mo-

da; hoy su antiguo esplendor está un poco eclipsado, y su clientela ha pasado á las brillantes tiendas de Regent-Street.

Llegamos por Hay-Market á Trafalgar-Square. Era im-

te. Nelson es una de las glorias populares de la Inglaterra.

Mucho tiempo y mucho espacio se necesitaría para nombrar todos esos campanarios que descubrimos en la media tinta de una atmósfera fuliginosa. Detengámonos únicamente en Westminster-Abbey, admirable monumento de un gótico antiguo, en cuya presencia la imitación del nuevo Parlamento que tiene en frente, es una taracea fría y pretenciosa.

Volvamos á Trafalgar-Square, donde la Galería Nacional llama la atención de los aficionados á pinturas. Son poco numerosos los cuadros de los grandes maestros de la escuela italiana y holandesa, pero en cambio hay algunos lienzos de Reynolds, de West, de Hogarth, de Gaintbonengh y de Wilkie.

Bajo el punto de vista monumental, Londres no presenta un interés extraordinario. Nos hallamos en una ciudad de origen moderno; la mayor parte de los monumentos antiguos desapareció en el incendio de 1666. El estilo gótico y tudor, empleado hasta la saciedad, no ha logrado envejecer á Londres, que permanece joven á pesar de sus arquitectos. Además, el genio inglés se ocupa demasiado en los negocios para que pueda consagrar la mayor atención á los verdaderos intereses del arte.

Sin embargo, parece está próximo el tiempo en que la Inglaterra ha de salir de esa indiferencia, y el progreso se anuncia por la impaciencia de engrandecer que demuestran los arquitectos ingleses. No se puede dudar de que con los medios de emulación de que la Inglaterra dispone, las artes no reciban allí un impulso poderoso, y no lleguen con prontitud á su apogeo.

Para el que le gusten los tipos originales Londres es la ciudad por excelencia. Vamos un rato de observación por las calles y las plazas públicas. Hémos aquí precisamente á la salida de la Galería Nacional, al extremo de Pall-Mall. Ved ese grupo que se forma, se disuelve y se reúne de nuevo en torno de ese hombre que está de pie junto á una pajarera: son curiosos que nunca faltan en Londres para ese espectáculo. El empresario de esa diversión ha conseguido poner en una misma jaula y someter á las leyes de un compañerismo amistoso, una porción de animales que por naturaleza son enemigos declarados. Nada más bonito que esa fraternidad, y no sin razón llaman todo eso una familia dichosa. Ese género de exhibición, que data de tiempo inmemorial, excita siempre la misma sorpresa.

El Strand os reserva observaciones no menos curiosas. Aquí estamos en el foco de esa actividad de que hablaba más arriba. Todos esos hombres vestidos de frac negro que van andando con un paso solemne, son comerciantes que la sed del oro — *auri sacra fames* — arrancó por la mañana del seno de sus familias, y que marchan á la Cité donde explotan en un cuarto de algunos pies cuadrados un comercio que abraza las cuatro partes del mundo. El comerciante inglés no quiere aglomeraciones de mercancías en su casa; las deposita en los docks y negocia sobre papel. No es la prontitud de los cambios el único medio de proceder; las relaciones sociales ganan con él mucho, y no se ven de esos negociantes que trafican con mercaderías nauseabundas, llevando á los círculos olores inverosímiles.

Fleet-Street, que continúa el Strand, presenta igual animación y movimiento. Aquí se pueden estudiar á gusto los recursos inagotables que el genio del lucro pone en manos de un inglés para vulgarizar la mercancía anunciándola. — Pero ya en otro artículo sobre la publicidad inglesa se han dado minuciosos pormenores sobre los anuncios en Inglaterra, y no insistiremos en este punto.

Después de haber pasado San Pablo y Mansion-House, la vivienda del lord corregidor, un mercader de la Cité que en virtud



[Invalído de Chelsea. — Dibujo de Gavarni.]

posible que a este nombre no correspondiera naturalmente la estatua de Nelson; con efecto, está inscrito en esa columna que corona la estatua del célebre almiran-

to á una pajarera: son curiosos que nunca faltan en Londres para ese espectáculo. El empresario de esa diversión ha conseguido poner en una misma jaula y someter á las leyes de un compañerismo amistoso, una porción de animales que por naturaleza son enemigos declarados. Nada más bonito que esa fraternidad, y no sin razón llaman todo eso una familia dichosa. Ese género de exhibición, que data de tiempo inmemorial, excita siempre la misma sorpresa.



[Highlander escocés. — Dibujo de Gavarni.]

de una constitucion singular tiene prerogativas régias; despues de haber saludado al paso el Banco y el Stock-Exchange, esos dos grandes templos de la Fortuna británica, nos encontramos tambien con la misma afluencia, pero ya ha variado su aspecto.

Hemos visitado hasta ahora los barrios ricos y florecientes; aquí principia como un nuevo mundo.

Solo por casualidad encontraremos en el barrio del Mint y de White-Chapel esas caras rubias y rosadas que tienen siempre como una sonrisa aun en medio de su impassibilidad inalterable, ni esos fracs negros que son como muestras de honradez, de prudencia y de orden; sino que veremos rostros macilentos y ajados por el hambre y la licencia y harapos indescriptibles.

Nada recuerda aquí los esplendores de la parte de Lóndres que dejamos. Hemos admirado ya esas casas bonitas aunque un poco sombrías, casi todas precedidas de una verja, á cuyo umbral aparece una jóven viva y risueña en cuanto el aldabon anuncia una visita. En muchas algunos arbustos alegrán la fachada un poco monótona. Pero en este barrio no hay verdura ni fisonomías despiertas, no hay mas que miseria; la horrible miseria se alza ante esas guaridas donde la desesperacion lucha y se reuerce.

Hemos visto ahí esqueletos humanos que nos parecían ya sin el sentimiento de la vida, y que con solo la vista de una copa de gin resucitaban como por encanto. La incontinencia es seguramente una de las causas mas activas del pauperismo en la Gran Bretaña; pero apartemos los ojos de tan espantosa pintura.

Llegamos al barrio de los Docks, es decir, al centro de la riqueza comercial de Lóndres. El aficionado á escenas pintorescas no podrá hallar una mas grandiosa que la que ofrece el Támesis desde el puente de Lóndres hasta Wolwich.

El rio se halla cubierto de palos de buques; Venecia en la época en que era reina del mar, cuando á

sus flotas numerosas se reunian los buques del mundo entero, Venecia no presentó nunca un espectáculo mas

Wolwich y Greenwich son dos puntos que no puede omitir el extranjero: Wolwich con su arsenal da una idea del poderío marítimo de la Gran Bretaña; Greenwich trae á la memoria las épocas mas gloriosas de ese poderío por los recuerdos que tienen relacion con el hospital de los inválidos de la marina.

Además, en este último punto hay uno de los parques mas bien provistos y mas hermosos que pueden verse.

Acabamos de tocar á la última parada de nuestra excursion por la ciudad de Lóndres.

Volúmenes enteros se necesitarían para llenar los vacíos que existen entre los diversos puntos ó señales que hemos plantado en el plano de Lóndres.

Se puede afirmar sin temor de equivocarse, que ni aun los mismos ingleses conocen bien su metrópoli: hay muchos puntos oscuros en esa gigantesca sociedad que nunca han sido estudiados.

No hace mucho tiempo existia en el centro de Lóndres una cloaca inmunda con el nombre de San Gil.

Un dia la comision para las mejoras de la ciudad, considerando que ese barrio perjudicaba por su proximidad los barrios industriales del centro, opinó que debía desaparecer, y así sucedió efectivamente.

Un barrio enteramente nuevo, sano y hermoso reemplazó el antiguo; esto ya es algo, pero aquella poblacion no ha emigrado, sino que se ha dispersado por las calles lejanas de Lóndres.

Un extranjero debe tomar un cicerrone si quiere ver todo lo que encierra Lóndres.

La prensa convida á los curiosos á las carreras de New-Market, á las representaciones escénicas, á todas las fiestas de la metrópoli; pero no se halla en todo esto el único interés que presenta la gran ciudad; lo que mas choca es el contraste profundo é instructivo de esa opulencia fastuosa y de esa miseria repugnante que dan á Lóndres una fisonomía única en el mundo.



El lechero. — Dibujo de Tomas.



La naranjera. — Dibujo de Gavarni.



El repartidor de anuncios. — Dibujo de Tomas.

De allí, con el desengaño de los hombres, pero sin la funesta amargura que destilan las obras de Byron y Espronceda, salió Fray Luis de Leon para aspirar su tierna poesía en el huerto *á la ladera del monte*, y en la isleta del Tormes, el río cuya fama eternizaron Melendez, Cienfuegos, Jovellanos, Iglesias;... ¡digno es de observarse este contraste!

» Al tributo que el pueblo salmantino ha prestado á la memoria del poeta, añádase el que aquí ofrece el entusiasmo de los aficionados á la poesía. ¡Ojalá que sirva de estímulo, y fomento el número de los que hayan heredado algo de su genio! El amor á tal linaje de gloria no debe confundirse con la vanidad y el orgullo. Pues qué, ¿merecería la vida el trabajo de llevarla, si no flotase la eternidad al otro lado del sepulcro? ¿Merecería la ciencia el trabajo de adquirirla, si no percibiésemos, á lo lejos siquiera, el galardón de la gratitud y el aplauso?»

Sigue á este bello artículo otro mas extenso y no menos bien trabajado, de autor anónimo, en el cual despues de narrar la vida y juzgar con sana crítica las obras de FRAY LUIS DE LEON, se dice el feliz hallazgo de sus venerandas cenizas y se bosquejan los obsequios que con este motivo tributó á su memoria el pueblo salmantino. Como tales noticias tienen un interés superior á las circunstancias del momento y que sin duda crecerá con el trascurso del tiempo, y como por otra parte la circulacion de esta *Corona* ha sido escasísima, conveniente será extraer algunos párrafos. Despues de narrar la muerte de Fray Luis de Leon en Madrigal, dice:

«Fué traído el cuerpo á su convento de Salamanca y enterrado en el claustro, junto al altar de Nuestra Señora de Pópulo, en el ángulo llamado de *los Santos*, por hallarse sepultados en él varios varones de la orden, célebres por su saber y virtudes; siendo tan venerado por esta circunstancia aquel sitio, que estaba prohibido á los religiosos pasar por él, bajo severas penas.

» Durante la guerra de la Independencia los franceses volaron el convento, permaneciendo desde entonces entre los escombros el sepulcro del ilustre poeta, y habiendo desaparecido despues las dos lápidas que tuvo, hasta que la celosa *Comision provincial de monumentos históricos y artísticos* dió principio á las excavaciones el 3 de marzo del presente año 1856, y el 13 del mismo tuvo la gloria de hallar los esclarecidos restos del inmortal cantor de *la vida del campo*.

» Estos preciosos restos, colocados en un cajon provisional, se depositaron en seguida en el inmediato colegio de la Magdalena, donde la universidad está formando una nueva biblioteca. Allí permanecieron hasta el día 18, en que puestos en una sencilla, pero elegante urna de zinc y madera, forrada de terciopelo, se llevaron por la misma comision de monumentos al cuarto llamado de *San Juan de Sahagun* en el magnífico colegio mayor de San Bartolomé, donde permanecieron mientras se preparaban las solemnes exequias. En estos pocos dias fué indecible el entusiasmo que animó á la siempre culta Salamanca. Las autoridades todas, la comision de monumentos, la juventud, el pueblo mismo, nunca indiferente cuando se trata de honrar al genio, todos rivalizaron á porfia en preparar la nueva pomposa ceremonia. El M. I. Ayuntamiento constitucional, á petición de algunos de los que suscriben esta corona y de otros jóvenes de la poblacion, acordó por unanimidad dar el nombre de FRAY LUIS DE LEON á la plazuela donde estuvo el convento, como lo dió hace algunos años á la calle donde vivió el inmortal Doyagüe, cuyos acuerdos merecieron sinceros aplausos de todo el vecindario.

» Pero amaneció por fin el deseado 28 de marzo, y á la hora marcada en el ceremonial, precedida de un piquete de caballería de la milicia nacional y de los maceros del ayuntamiento y de la universidad, salió de las Casas consistoriales la extensa solemne comitiva, compuesta de todas las autoridades y corporaciones, empleados, jefes y oficiales del ejército y milicia, colegio de nobles Irlandeses, escritores salmantinos, grandes y títulos de Castilla, comisiones de la universidad y de monumentos y multitud de otras personas distinguidas, presididos todos por el señor gobernador de la provincia. Cerraba la marcha una compañía de la milicia con la música á la cabeza. A pesar de lo lluvioso de la tarde y de ser día de trabajo, las calles y balcones se veían poblados de gente; las campanas doblaban en fúnebres clamores y el pueblo asistía con religioso silencio á presenciar tan merecida como entre nosotros inusitada solemnidad. Llegados á la catedral y recibidos por el cabildo, pasaron al sitio preparado al efecto. Véase ya la urna descollar bajo los arcos del templete de un elegante y bien iluminado catafalco, y sobre ella las insignias doctorales, una corona de laurel, un tintero y el manuscrito original de *La Exposicion del libro de Job*. Ya aguardaba en el presbiterio para oficiar el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, y las extensas naves de la inmensa basilica apenas podían contener á la multitud que se apiñaba. Cantóse á toda orquesta una gran Vigilia del maestro Doyagüe, salmantino, y despues de los responsos, emprendió la marcha la comitiva con direccion á la Universidad.

» Llevaban las andas en que iba la urna cuatro estudiantes de Jurisprudencia y Medicina, que con calor se disputaron esta honra, y las cuatro cintas uno de los alcaldes, un diputado provincial, un catedrático y un individuo de la comision de monumentos. El cabildo iba tambien en cuerpo con cruz alta y presidido por el Excmo. Prelado. El pueblo salmantino, con esa espiri-

tualidad que distingue aun á sus clases mas ínfimas, comprendía y apreciaba la significacion de esta ceremonia, mezcla de convoy fúnebre y de paseo triunfal, y corría presuroso para no perder ni el menor accidente de la funcion. Nada mas digno, sorprendente y grandioso que la entrada por la puerta principal de la Universidad. El fúnebre tañido de las campanas, la tibia luz de la tarde que espiraba, el resplandor de los blasones, los ecos de la música que los oídos cautivaban, el misterio de aquellos claustros venerandos que cubrían antiguos tapices, el inmenso pueblo que se agolpaba, y los catedráticos, doctores y escolares formados en el vestíbulo en dos alas y con hachas encendidas, todo esto daba á la entrada de aquellos restos queridos un aparato y una pompa, llenos de dulce embriagadora poesía. Allí cuatro catedráticos tomaron la urna y la condujeron á la suntuosa capilla del establecimiento, donde con toda solemnidad se cantó el último responso. Acto continuo se leyeron las actas de exhumacion de los restos y entrega á la Universidad, y dadas las llaves de la urna al gobernador y al rector, quedaron las preciosas cenizas del eminente lirico decorosamente colocadas en el presbiterio de aquel templo, hasta que el gobierno ó la universidad erijan digno y conveniente sepulcro.

» Así terminó aquella suntuosa ceremonia, que será eterna en los fastos de Salamanca, é inolvidable en la memoria de sus hijos. A los pocos dias se abrió una suscripcion privada para costear los gastos de impresion de la presente corona, y todas las clases contribuyeron á este laudable objeto con la mayor espontaneidad. Ya está esculpida, y se colocará muy en breve una lujosa lápida, con letras de oro en lema de «PLAZUELA DE FRAY LUIS DE LEON,» dentro de una preciosa corona de laurel; y el ayuntamiento proyecta además convertir aquel sitio, hoy lleno de restos de ruinas y de informes escombros, en un bello paseito con un monumento en el centro, que perpetúe la memoria de FRAY LUIS DE LEON.

» La celosa comision de monumentos, por su parte, ha publicado tambien sus trabajos, incluyendo un plano del ex-convento y un diseño de los restos, como estaban en el acto de la invencion.

» De este modo sabe corresponder Salamanca, la culta, la noble y calumniada Salamanca, á la merecida celebridad que goza en el mundo de la inteligencia. La apoteosis de FRAY LUIS DE LEON es el último testimonio que acaba de dar al mundo de cómo sabe enaltecer la memoria de sus hijos propios y adoptivos. La mas perjudicada de todas las ciudades españolas por las reformas universitarias de nuestro siglo, la menos favorecida siempre por el gobierno en otras medidas administrativas, ha dado un solemne mentís á sus destructores, honrando la memoria del sabio cuanto modesto autor de la *Perfecta Casada* y de la *Noche Serena*, gloria y prez de la literatura nacional. En vez de orgullosas pirámides y marmóreos sepulcros, que su pobreza no le permite levantar, erige esta corona, que simboliza y resume los nobles sentimientos de sus hijos y el proverbial espiritualismo que le distingue.

Llegamos á la parte que verdaderamente constituye la *Corona poética*.

La primera composicion que se ofrece á nuestra vista lleva la firma de don Manuel Villar y Macías, poeta genial, de estro arrebatado y viva fantasía. En 1852 aparecieron (aunque impresos sin su auencia, y por lo mismo menos correctos de lo que debieran) los *Ecos del arpa*, coleccion de sus cantos juveniles en que resplandecen altas perfecciones juntas con no pequeños defectos, hijos de la inexperiencia. Imaginacion ardiente, sentimiento profundo, figuras brillantes, versificacion rotunda y numerosa, se encuentran en todas; regularidad de plan, limpieza y sobriedad de estilo y frase propia y castiza, no en tantas. Trata de hacer una segunda edicion en que, corrigiendo muchas, suprimiendo algunas y añadiendo otras nuevas, aparecerá indisputablemente á la altura de nuestros primeros líricos contemporáneos, como el mas digno representante de la escuela salmantina en la segunda mitad del siglo diez y nueve. La feliz coincidencia de esta publicacion con la tambien anunciada de las composiciones de don Narciso Campillo, eminente poeta en quien parecen reunirse todas las grandes dotes de los preclaros vates sevillanos, nos ha sugerido la idea de examinarlas comparativamente; considerándolas en sí y con relacion á sus respectivos precedentes locales, para ver hasta qué punto, en medio del desbordamiento romántico, ha prevalecido el influjo de las tradiciones clásicas, y se ha conservado, en uno y otro punto, en uno y otro escritor, el sentido y carácter histórico de cada escuela, armonizado con su sentido y carácter personal; estudio curioso é interesante, mas que hábil y docta nuestra pluma para trazarle cumplidamente, al cual, no obstante, en su dia nos consagraremos. Prosigamos, entre tanto, con el señor Villar y Macías. Sus primeros extravíos procedieron del exagerado romanticismo que entonces dominaba, autorizado por hombres de genio y por obras colosales en que son mas disimulables los descuidos y faltas de estilo y lenguaje, pues prendas de otro mas subido género las compensan con usura, mientras que en composiciones cortas cualquier lunar desplace, cualquier disonancia hiere: el romanticismo puro y neto, sin levadura clásica, solo es aceptable en genios épicos como los autores de *el Moro exposito*, de *el Diablo mundo*, de *los Cantos del Trovador* ó de *el Proscrito*: los demás, si quieren que sus obras vivan, necesitan buscar en las perfecciones del estilo parte de la inmortalidad.

Así lo comprendió el señor V. y Macías, que avivado

por su amor á las glorias de la escuela salmantina, dió al estudio de los modelos de nuestro siglo de oro y de otros modernos á ellos comparables, cobrando especialísima afición á las obras del señor Gallego cuya forma de expresion es de una belleza insuperable, por cuyo cambio de rumbo vino á colocarse en un razonable término medio, tan distante de las aberraciones románticas como del amaneramiento clásico, cual siempre lo hicieron, razon habida de tiempos y circunstancias, los poetas salmantinos. De modo, que mientras por sus *Fantasías* y sus *Leyendas* se enlaza con Zorrilla, á quien iguala en muchas buenas cualidades; por sus elegías, sus anacreónticas y sus odas religiosas se da la mano con Melendez, poeta en quien la filosofía platónica tuvo glorioso intérprete; pero en uno y otro caso con espontaneidad y libre musa; siendo enteramente original, *sui generis*, exento de toda reminiscencia en otras, tales como *A los caminos de hierro*, *al Mar*, etc., donde la profundidad de la idea, amplitud de perspectivas, grandilocuencia, abundancia y esplendor de estilo, forman el mas sublime conjunto. No es comparable con ellas ciertamente la que motiva estas líneas; pero de todas sus buenas dotes participa, si bien de un modo menos sostenido. El cuadro que traza del siglo de Fray Luis de Leon es vigoroso y oportuno, reina en esta composicion puro espiritualismo, y el metro es fluido y armonioso, presentando octavas tan notables como las siguientes:

¿Qué es el silencio de la tumba vana
Para aquel que elevado por la gloria,
En la ostentosa cumbre soberana
Brilla del claro olimpo de la Historia?
¡Esa insólita pompa muestra ufana,
Al resonar los himnos de victoria,
Que del Genio jamás triunfa la muerte
Y su féretro en solio se convierte!

¡Gloria al Señor! En el sepulcro frio
En su magnificencia el Genio brilla,
La envidia cede, y el orgullo impio
Su inaccesible corazon humilla:
Santa es la paz del túmulo sombría,
Do reclina la frente sin mancha
El varon cuyo ingenio soberano
Es timbre y luz del pensamiento humano!

La oda siguiente, suscrita por don J. Ortiz Gallardo Lopez del Hoyo, de quien no conocemos mas producciones, compuesta en *liras*, estrofa favorita de Fray Luis de Leon, revela en sus giros y frases bastante estudio de tan gran modelo; pero mas narrativa que lírica, y sobrado extensa, degenera á veces en prosáica, no alcanzando á salvar el efecto del todo las bellezas particulares que contiene. No obstante, se conoce por ella que su autor es persona de nada vulgar literatura y capaz de escribir cosas muy superiores. Son dignas de copiarse estas delicadas estrofas que tan bien cuadran al cantor de la *Noche serena*.

El canto de su lira,
Dulce, doliente, de amargura lleno,
Apenado suspira
Por un bien mas sereno,
Por flores de otro valle mas ameno.

Que el bajo y torpe suelo
No es el lugar de la mirada suya;
¡Terrible desconsuelo
Que mas veloz no huya
El tiempo ni que el término concluya!

Nótese el verso que hemos puesto de cursiva. Los siguientes tercetos son los de un soneto del mismo autor que figura tambien en esta *Corona poética*.

¡Ah! Yo quisiera que en amor deshecho
A virtud tanta, tierno y conmovido
Se convirtiera con afan mi pecho.

Siguiendo así la senda por do han ido,
Aunque parezca tal camino estrecho,
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

(Se concluirá.) G. LAVERDE RUIZ.

Inauguracion del ferro-carril de Lausana á Ginebra.

La Suiza francesa se halla muy preocupada en el dia con la cuestion de los caminos de hierro. El canton de Vaud y el canton de Ginebra vivian en paz, pero se establece un ferro-carril, y hé aquí encendida la guerra. El consejo de Estado del canton de Vaud concedió á la compañía del Oeste Suizo la línea de Lausana á Ginebra, y la compañía principió los trabajos inmediatamente; pero para llegar hasta Ginebra, es preciso pasar por el territorio ginebrino; ahora bien, en el momento en que la compañía del Oeste-Suizo se disponia á dar el primer golpe para remover la tierra de la serenísima república de Ginebra, el consejo de Estado de la susodicha república intervino y dijo al Oeste-Suizo: No pasarás adelante. Y de este modo un ferro-carril destinado á poner en comunicacion Lausana y Ginebra, se detiene sin razon ninguna á ocho kilómetros de esa última ciudad, enfrente del histórico castillo de Coppet, que fué la residencia de destierro de madama de Stael.

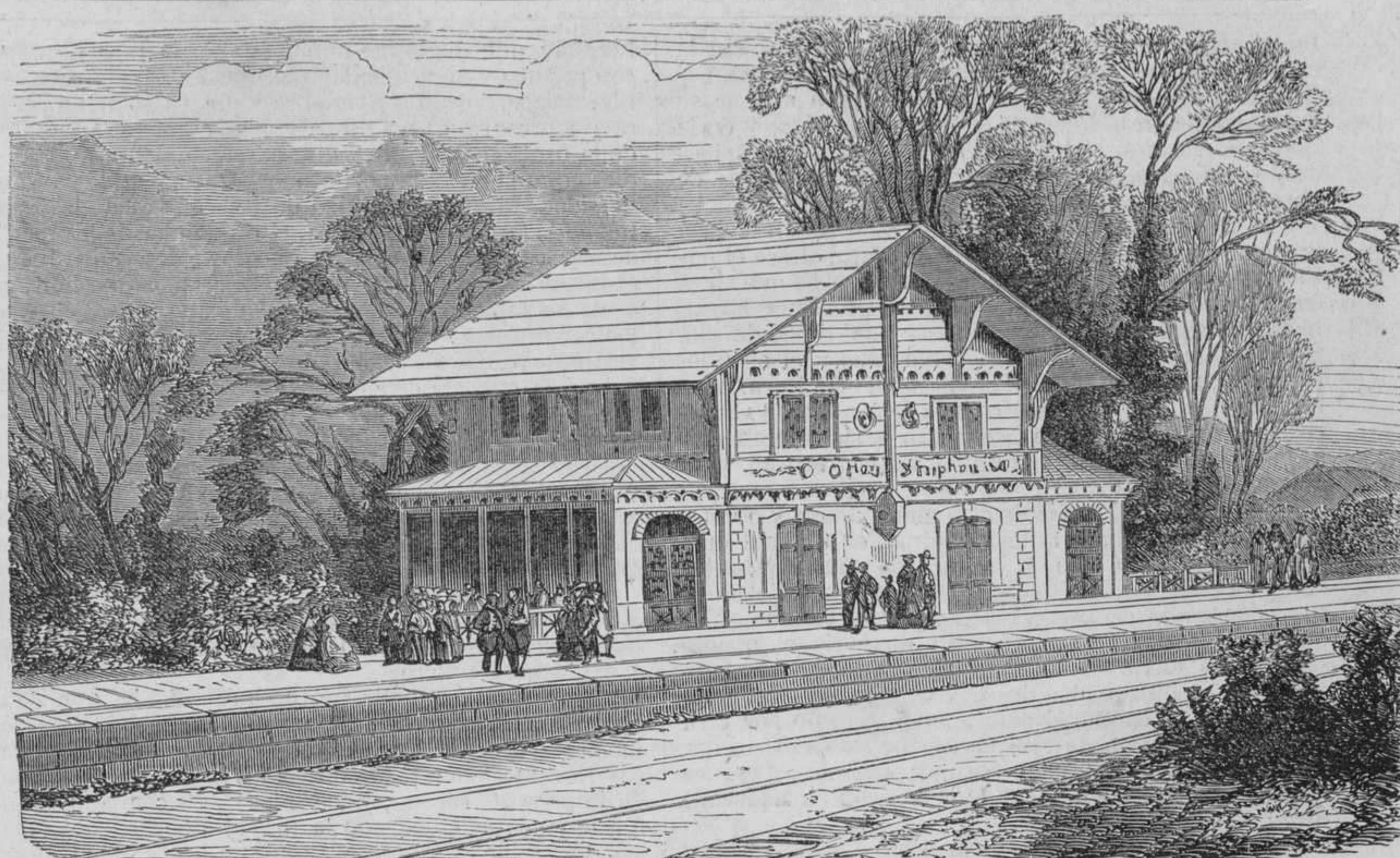
Ginebra y Lausana se hallan pues en el día empeñadas en una pequeña guerra de epigramas y recriminaciones. En el banquete que tuvo lugar con motivo de las fiestas de inauguración, se dispararon por ambos campos flechas muy agudas mientras se brindaba á la gloria de la Confederación y de la independencia. Hablando francamente creemos que las municiones están agotadas hoy, y que no se hará esperar mucho tiempo un tratado de paz que lo arregle todo.

Ahora que está informado el lector del estado de la cuestión, se me permitirá que eche á correr por esas tierras con la locomotora, y que diga dos palabras del ferro-carril de Mácon á Ginebra antes de hablar de la línea de Ginebra á Lausana.

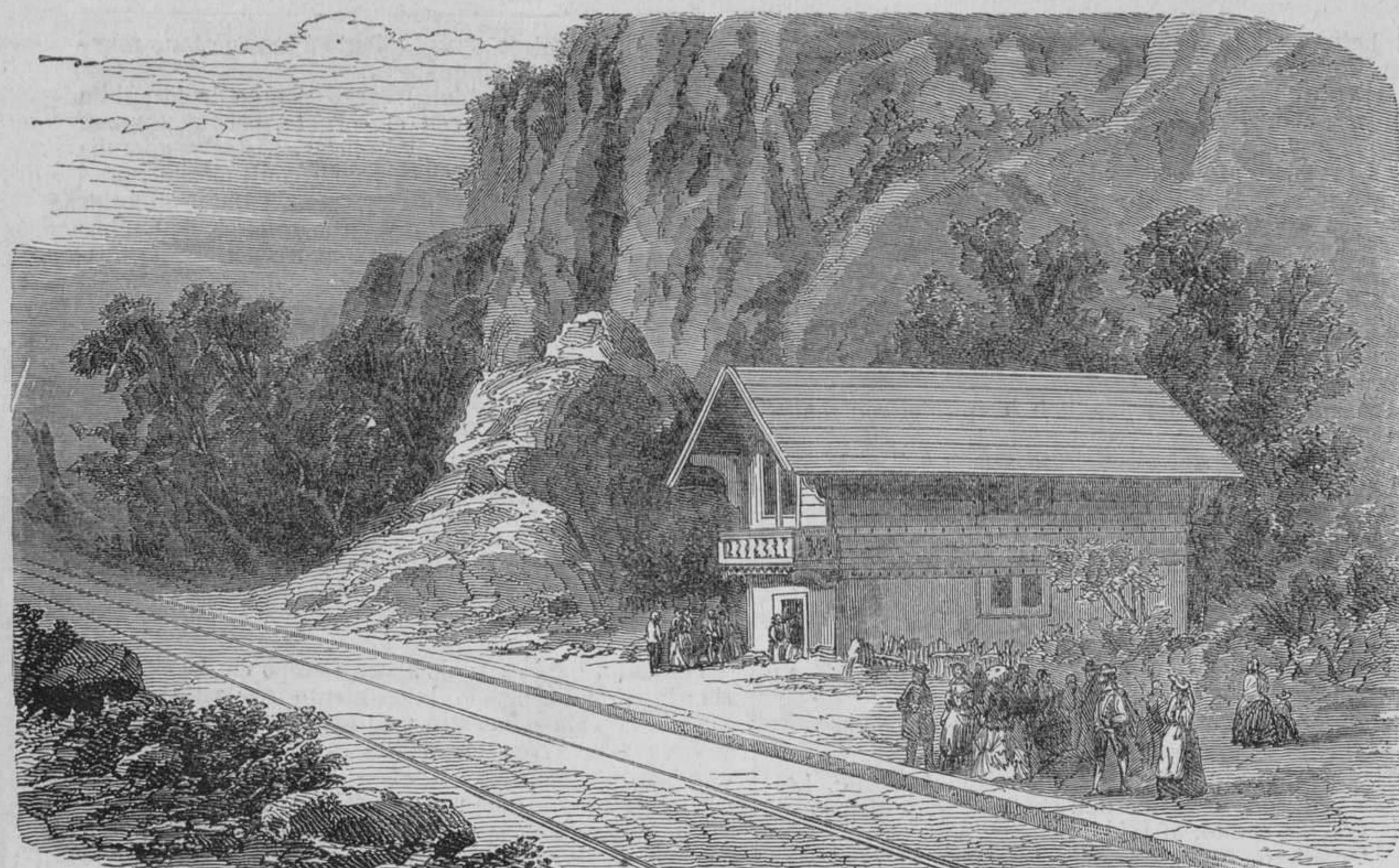
De Mácon á Amberieu la vía presenta muy poco de particular; no hay accidentes de terreno, y los puntos de vista son escasos; de trecho en trecho algunos estanques de formas curiosas; dejamos á un lado Bourg, la magnífica iglesia de Brou; atravesamos Amberieu y Saint-Rambert, y llegados á Culoz saludamos la Saboya, separada de la Francia por un barranco.

Aquí el camino serpentea; sube, baja, atraviesa un precipicio, se engolfa en una montaña, abre un pico que le estorba, y marcha adelante por la margen del Ródano que todavía no es mas que un riachuelo. En Bellegarde un gendarme muy cortés nos pide nuestros pasaportes.

¿Cómo ha cambiado Ginebra desde el tiempo en que tenía aun sus murallas! Era entonces una ciudad triste, enojosa, severa, una Roma calvinista, es decir, una Roma sin palacios, sin monumentos y sin obras de arte. Hace unos diez años venía yo de Ferney á las diez de la noche, y me encuentro con que la puerta de Ginebra



Estacion en la línea.



Casita del guarda.

INAUGURACION DEL FERRO CARRIL SUIZO DEL OESTE.

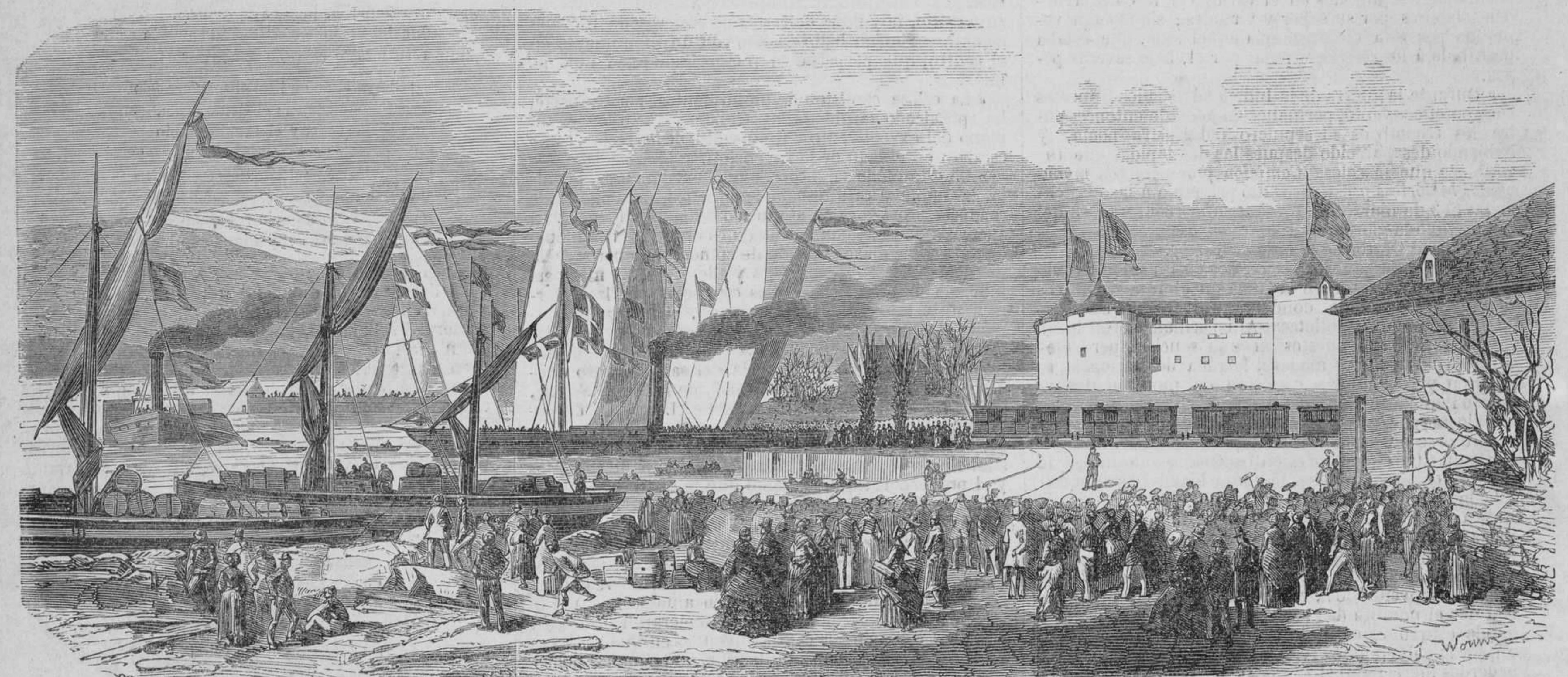
tras me parecía ver circular osos negros sobre la nieve, hé aquí que mi montaña se quedó sin base de repente; en cuanto al Monte Blanco verdadero, ya comprenderéis que despues me causó poca impresion. Todo el mundo ha sufrido iguales engaños en los países visitados por la primera vez. La imaginación del hombre se figura cosas tan maravillosas que al hallarse en presencia de la realidad se queda siempre un poco contrariado.

La compañía del Oeste-Suizo habia puesto á nuestra disposición un vapor para conducirnos á Lausana.

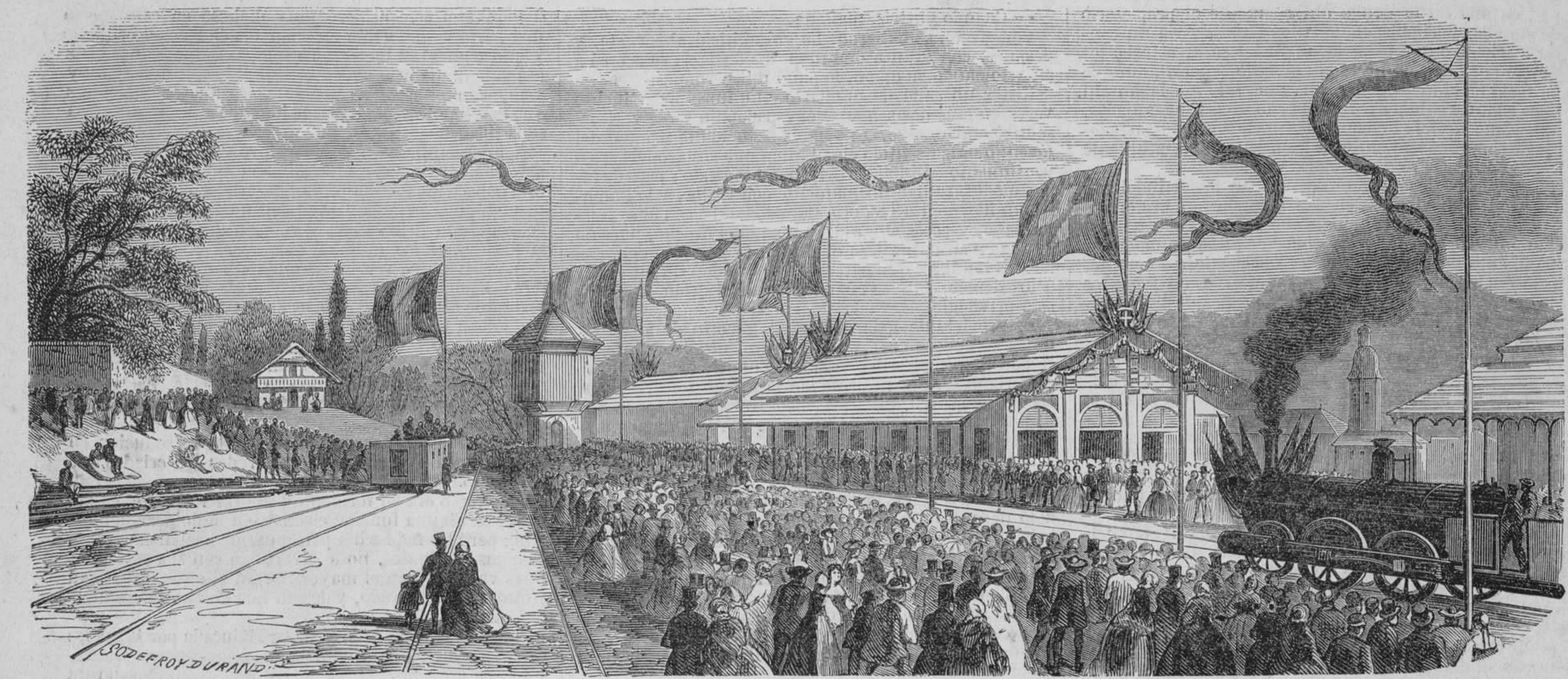
Abandonamos Ginebra, y hemos aquí navegando por un lago azul. Contemplando sus dos orillas se observaba un contraste notable. En el lado suizo bonitas casas de recreo, aldeas graciosas y limpias, el aspecto de la felicidad y del bienestar; en el lado de la Saboya grupos de cabañas y una población sucia y cubierta de harapos.

El vapor hace escala en Thonón; toda la aldea está en la orilla del lago, pero todos aquellos rostros tienen el aire muy miserable. Un poco mas allá entramos en el gran lago y pasamos por delante de Amphion y Evian, lugarillo de baños donde hubo en otro tiempo una rueta que el gobierno sardo suprimió, de modo que el pueblo reducido á sus baños inocentes tiene hoy una fisonomía bien triste. Allí abandonamos la costa de Saboya; el vapor se dirige derecho hácia Lausana que muestra en breve sus casitas blancas, y desembarcamos á la falda de sus tres colinas.

Lausana es un bonito pueblo que yo no desearia habitar. Subir y bajar, bajar y subir, tal es la vida del habitante de Lausana. Pero ¿qué puntos de vista tan hermosos! El lago, los Alpes, las montañas del Jura, los pueblos diseminados en un horizonte de unas veinte le-



El puerto de Morges y el Monte-Blanco.

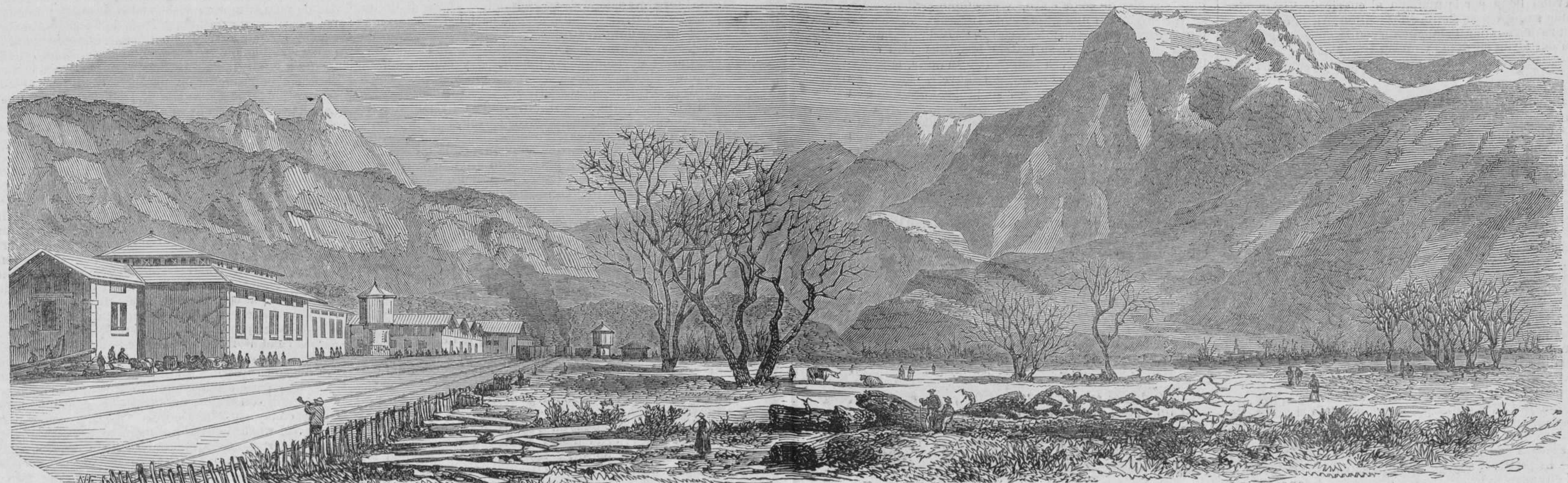


Llegada del tren de honor á Morges.

esta cerrada. Llamo; el portero me abre y me dice: «Volveis á la ciudad á las diez cuando todas las gentes honradas están durmiendo; es la conducta de un libertino.» ¡Pobre portero! ¿Qué debe decir de Ginebra desde que M. James Fazy se ha hecho el gondolero de la república? Hoy se entra en Ginebra á todas horas del día y de la noche. Ya no hay puertas, ni porteros, ni murallas, sino palacios por todas partes. M. Fazy ha edificado á la orilla del lago una casa monumental adornada con estatuas griegas muy hermosas. ¡Estatuas en las calles de Ginebra! ¡y en la fachada del palacio habitado por el jefe del poder ejecutivo! Parece mentira.

Después que M. Fazy, sin hacer caso de los clamores de toda la Suiza, desgarró el vestido de piedra de la ciudad protestante, está ha venido á ser de repente una de las poblaciones mas elegantes de Europa. La calle del Monte Blanco esta hermosísima, el muelle de Bergues es soberbio, y el gran muelle del Ródano admirable. No es de extrañar que el número de habitantes se haya doblado desde que cayeron las murallas. Dentro de diez años Ginebra será una verdadera capital, y en esta prevision acaba de construir un palacio de mármol que llama el hotel de la Metrópoli.

No hablo de sus paseos y de sus monumentos conocidos; son las seis de la tarde, el sol tiñe de rosa la cumbre de los Alpes, y entre todos esos picos cubiertos de nieve busco el famoso Monte Blanco. «Seguí las márgenes del lago, escribia Gerardo de Nerval; y di la vuelta á las murallas sin atreverme á preguntar á nadie ¿dónde está el Monte Blanco? hasta que acabé por admirarle bajo la forma de un inmenso nubarrón blanco y rojo que realizaba el sueño de mi mente. Por desgracia, mientras calculaba yo los peligros que podría haber en ir á plantar en su cumbre una bandera, mien-



El embarcadero de Bex y el pico del Mediodía.

guas, todo eso aparece á la vez, sorprende, encanta y deslumbr.

De Lausana parte el tren de inauguración. El embarcadero está muy adornado, la artillería saluda la marcha, y en todo el trayecto nos acompañan los cañonazos. En cada parada unas veinte jóvenes vestidas de blanco se presentan á la portezuela de los wagones para ofrecer á los convidados el vino de honor; apenas hay tiempo para vaciar la copa. La locomotora silba y se lanza á otra parte, y así llegamos á Coppet donde recogemos á los convidados de Ginebra para llevarlos á la estación de Morges, en cuyo punto hallamos una mesa de cuatrocientos cubiertos.

Nada he dicho aun de este nuevo ferro-carril que parece haber sido hecho, no tanto para trasportar á los viajeros de una parte á otra, como para recrearlos con la magnificencia del espectáculo. El lago se encuentra á nuestros pies inmóvil y rodeado de festones de verdura; en el horizonte se descubren los picos de los Alpes. Es una gran revista de los ventisqueros pasada en tren expreso. El monte Catoyne en el fondo del valle del Ródano, el monte Combin, el pico del Mediodía, las montañas de Abundancia, los picos de Oche, el Sixel, la Aguja de Tunninges, el Mole, y el general en jefe, el Monte Blanco. Intuíl es añadir que solo señalo el estado mayor de ese ejército de picos helados que brillan sobre las nubes y que parecen surgir de un océano de vapores.

Estamos de regreso en Morges. El salon del banquete adornado con trofeos y banderas ofrece el aspecto de una vasta herradura. Nos sentamos á la mesa y comienzan los brindis: A la Confederación, á la independencia, al canton de Vaud, al canton de Ginebra, á los convidados extranjeros; se brinda á todo el mundo, y creo

to es la reunion del Garona y del Dordoña avasallados por el Océano, al que llevan el tributo de sus aguas.

Este grupo, que así como los tritones y los caballos marinos, debe fundirse en bronce, tiene un gran carácter: el Garona y el Dordoña lanzan su postrer mirada á las riberas que abandonan; un pequeño fauno les arranca los follajes y los pámpanos, últimos vestigios de su adorno campestre, en tanto que el Océano que les domina hace surgir con su tridente un ancho cuerno de abundancia.

El Jurado halló en este grupo cierta exageracion de movimiento explicable en un bosquejo de tan cortas dimensiones; pero ese defecto desapareció en el modelo mas estudiado que pudo examinar posteriormente en

el taller del escultor, donde se conservan en una proporcion justa el movimiento y la gravedad indispensables en una composicion tan monumental.

El juego contrariado de las aguas que se escapan de las urnas de los dos rios, derramadas por las cabezas de leones y lanzadas con fuerza por las conchas, producirán por los caños abundantes que se ven indicados en nuestro dibujo el complemento de un monumento cuya disposicion general no podrá menos de ser admirada por los artistas. Es de creer que la municipalidad de Burdeos no dejará de encargar la ejecucion de la fuente al estatuario que tan bien ha sabido buscar todas las condiciones que imponia el programa del concurso.

G. F.



Proyecto de fuente para Burdeos, presentado por el escultor francés M. Bartholdi.

Venecia.

Para hablar de Venecia seria preciso comenzar como contando un sueño; pero un sueño hermoso y vago, lleno de esas cosas que solo el pensamiento puede figurarse alguna vez. Mas como nadie pudo llegar á una mansion oculta y misteriosa sino por una ruta desusada, debo decir en qué manera vine á dar á este rincón del mundo adonde deben huirse todos los dichosos. Sí, muy bien me acuerdo de todo eso: no eran campos cubiertos de verdura los que yo iba atravesando, ni vi una flor en las colinas: la tierra fué desgraciada aquella noche, porque vió desaparecer su yerba y sus arbustos bajo los enormes montones de nieve que cayeron el uno sobre el otro: los pastores metieron á sus chozas sus rebaños, y los que no encontraron espacio en ellas, todos perecieron: ni una piedra habia quedado descubierta, y apenas era posible verse la cabeza moribunda de alguna mata que poco antes fué robusta y elevada. Los Alpes crecieron en altura, los rios se pararon hallando obstruido su camino, los arroyos se hincharon poco á poco y tomaron las vias que pudieron. Fué terrible aquella noche, fué una verdadera calamidad para los campos. Y bien que fuese triste el espectáculo, era muy bello al mismo tiempo: los montes y los llanos, todos cubiertos de la mas blanca y tersa nieve; los árboles cargados de un menudo polvo que empezaba á brillar al sol de la mañana; los tejados de las aldeas llenos de ligeros copos ó de largas plumas que volaban con el viento brillando como rayos de

diamante: todo blanco, todo luciente y puro, y en medio de todo cien y cien iris que huían y volvían enredándose los unos con los otros.

Mas yo no pude gozar por mucho tiempo del poético camino, porque el sol desplegó todos sus rayos en la ancha y limpia esfera: mientras la luz fué suave, mi

á descubrirlo en alguna mansion encantada en medio de los mares. De cuando en cuando alzaba un poco la cortina, pero un vívido rayo me encontraba, y medio espantado volvía al claro oscuro que tanto me acomoda.

Numerosos trabajadores habian ya descubierto los rieles del camino, y el convoy se deslizaba ráudamente mugiendo como un monstruo envuelto en una negra nube. El sol cruzó la esfera y fué á perderse entre las apiñadas nubes del ocaso, la luna salió detrás del monte y principió su ascenso conocido. Largo tiempo se habia caminado, mil y mil pueblos quedaron tras nosotros, los campos cambiaron ya de aspecto. Vino la noche: oh luna, ¡cuánto embelleces y entristeces á la tierra!

Hay un estado medio entre el sueño y la vigilia; ni se duerme, ni se vela. el cuerpo pierde sus fuerzas, la imaginacion se desquicia y va pasando de ideas en ideas. Así iba yo en el fondo de mi asiento cuando me sorprendió un agudo grito: el tren se detuvo, y el guía anunció: ¡Venecia! Me lancé de mi wagon medio aturrido, y despues de una reñida batalla entre baules, pasaportes, policías, oficiosos y mendigos, estuve ya enterrado en los cojines de mi barca. — ¡Gondolero, date prisa! es decir, no mucha prisa, ¿entiendes? Desemboca al Gran Canal y toma á la derecha; luego á la izquierda, y vuelta á la derecha; sube y baja, vuelve á subir y á bajar, y siempre torna á lo mismo llevándome por todas partes antes de dejarme en el hotel; ¿has entendido? — *Ho capio, signoria.* — Pues bien, ¡remar á todo brazo! El buen hombre me tomó por un genio



Una vista del ferro-carriil de Venecia.

vista pudo soportarla; pero como ella es enferma y débil, se esconde al sol de medio dia. Entonces corrí las persianas de mi ventanilla, contento con figurarme un prisionero á quien está vedado mirar el camino por donde le arrebatan las invisibles sombras que han de ir

quierda, y vuelta á la derecha; sube y baja, vuelve á subir y á bajar, y siempre torna á lo mismo llevándome por todas partes antes de dejarme en el hotel; ¿has entendido? — *Ho capio, signoria.* — Pues bien, ¡remar á todo brazo! El buen hombre me tomó por un genio



Venecia. — El puente de Rialto.

benéfico, porque cada minuto mas era un céntimo mas para él : se estiró el cuello, se dobló las mangas, se arremangó el sombrero; entonó la eterna cantilena, y nos deslizamos ráudamente como sobre el dorso de un veloz pescado.

Las impresiones que tuve durante esa navegación fabulosa, las contaré cuando sepa palabras tan dulces como el gemido de las ondas debajo de mi barca, y tan bellas como los trémulos luceros que miraba brillar en el fendo de las aguas. Tal vez al pasar por uno de esos palacios encantados derramaron alguna esencia sobre mí, no sé; pero yo iba como quien ha tomado esos beleños que hacen dormir y soñar cosas vagas y felices, y apenas puedo dar razon de alguna cosa. Me acuerdo solamente que era tarde, y que al rayo de la luna vi en una ventana mis-

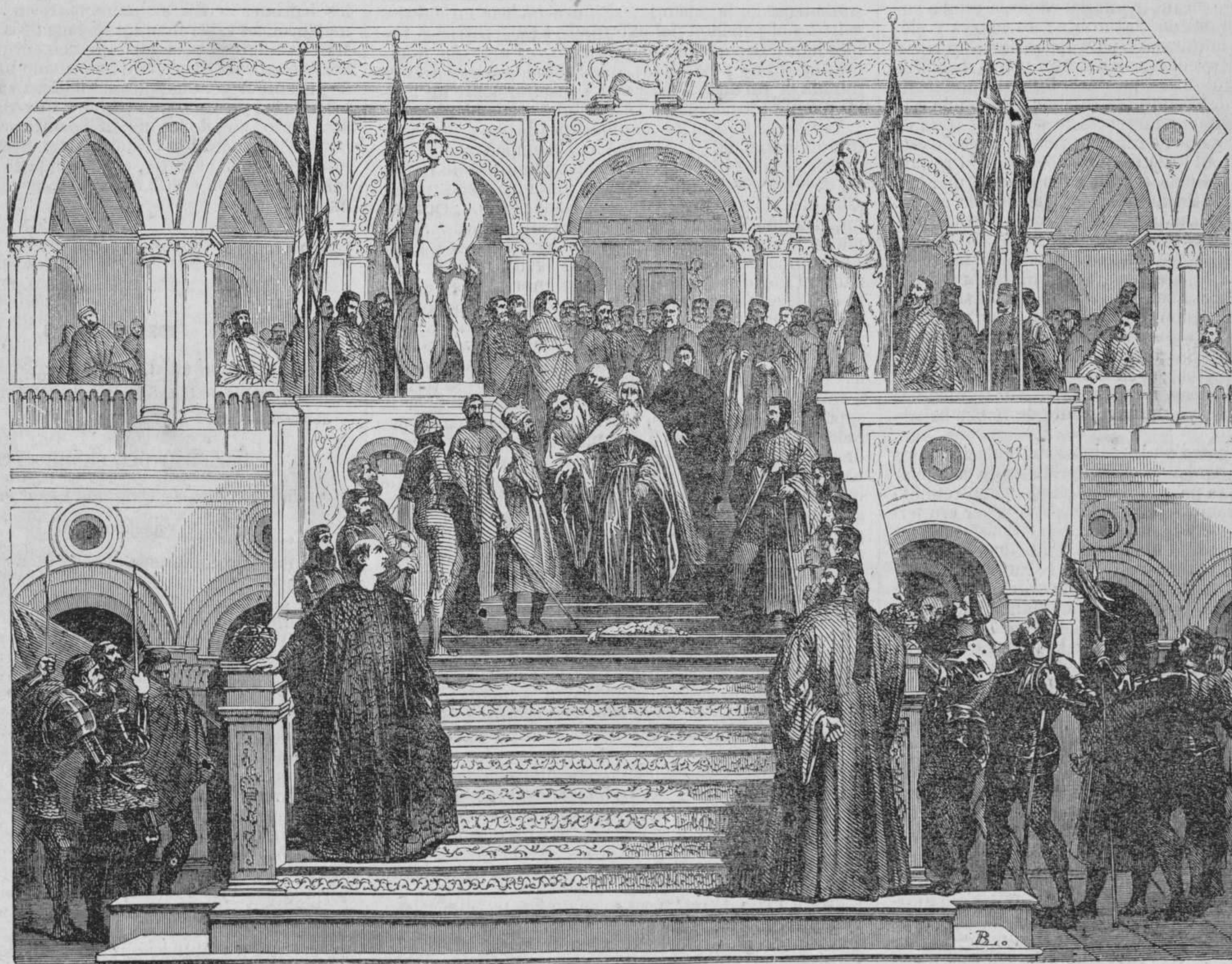
teriosa una figura blanca, cuyos ojos llenos de lágrimas estaban fijos en un punto del horizonte : creo que

era la infeliz Tornaro, llorando por su querida Chipre, toda la noche en vela en medio de su casa solitaria.

Fué reina en otro tiempo, es prisionera ahora; justo es llorar, hermosa destronada : te quedan todavía tu llanto y tu hermosura, y nunca es una mujer mas bella que en medio de las lágrimas de la desgracia.

Si dormí ó velé toda esa noche, fácil es adivinarlo : la luna desapareció detrás de la isla, el gondolero agotó todas sus canciones. Yo sé que las noches son muy largas... pero sé tambien que ellas pueden ser muy cortas... Oh sol, ¿porqué has apresurado tu camino?

He visto soberbios monumentos, he visto ruinas y edificios misteriosos; pero los palacios de Venecia no existen en ninguna parte : cada uno de ellos parece que acaba de salir del seno de las ondas y que tiene sus plantas



Recuerdos de Venecia. — La ejecucion de Marino Faliero.

en el agua para volver á sumergirse cuando lo quiera el capricho de las sirenas que lo habitan. No hay jardines extendidos, ni hay grama que enverdezca sus contornos; pero tienen inmensos parques bordados de blancas nubes en el día, sembrados de estrellas en la noche: el canal está á sus puertas, las lagunas se dilatan bañando las setenta islas. Cuando una incógnita belleza quiere urdir algún complot secreto... del umbral mismo de su alcoba pone el pié en la negra góndola, y va cantando y sin ser vista en busca de su amiga y compañera.

Aquí no hay carruajes que rueden atronando por las plazas, ni el trote del caballo se escucha al pié de la ventana: todo es silencio, y en medio del silencio se percibe apenas la cuerda melancólica de alguna arpa enamorada, ó el canto solitario del barquero extraviado en la laguna. El viento se envuelve en las banderas de los buques, ó viene silbando á girar las veletas de San Marcos; y como no tiene polvo con que formar sus torbellinos, siempre se va por las alturas.

Para vivir como en un éxtasis preciso es venir acá: ¡qué luz tan vaporosa, qué calma, qué silencio! El cuerpo languidece, divaga el pensamiento, el corazón desea cosas desconocidas. En cuanto á mí, cuando estoy enterrado en mi honda silla, mirando en una especie de desmayo ir y venir las olas apacibles, nada me importa la revolución del mundo, y bien pueden destruirse todas las cosas, con tal que yo muera en mi delirio.

Mucho he hecho en mi viaje: he subido al Vesuvio y al Deserto; la Sibila de Cumas me ha visto en su honda y pavorosa gruta; he rodeado el lago Averno; me he ahogado entre los azufres de la Solfatara; he seguido el curso escabroso de los ríos. Estoy cansado ya: ahora me gustan los cojines de mi góndola ó los brazos de mi sillón de plumas. Las ruinas de Roma me han llenado de tristeza, esas sombras misteriosas me dieron miedo al fin: ahora, quiero ver cosas risueñas, quiero tener sueños felices: el espíritu también se cansa, y cuando ha padecido mucho desea reposarse alguna vez. Si la lámpara ha de estar constantemente ardiendo, preciso es echar en ella el elemento que ha de sostener la llama; de otro modo, empalidece, vacila, y el mas ligero soplo puede destruirla, sin que otra cosa reste que la difunta y negra mecha.

Aquí estoy á mis anchuras, y me gusta decir lo que todos dicen: Venecia es la excepción de las ciudades, Venecia es sola en el mundo. Sola es la brisa que en la tarde está gimiendo entre las flores, sola es la luna que saliendo de una blanca nube va á quedarse tristemente inmóvil en la mitad del cielo.

La vida de Venecia es tan singular como ella misma: ¡qué de fiestas y aventuras, qué de intrigas y secretos, qué de músicas y danzas mezcladas á los dramas mas oscuros! Al lado de la plaza de San Marcos está *el Puente de los Suspiros*, hé aquí la grande historia.

En el salon del Gran Consejo ví que un espacio oscuro interrumpía una serie inmensa de retratos vestidos majestuosamente y uniformemente, y el motivo de esta falta lo encontré de pronto en mi memoria. Venecia estaba entregada á sus festines de costumbre: los nobles y plebeyos bebían en la misma copa y todos parecían seguros y contentos: tres días se alegraron y tres días pronunciaron el nombre del poderoso Dux llenándole de loores; al cuarto le cortaron la cabeza: ¿en dónde está el origen de este fatal arranque? Solo sé que se trata de una infiel esposa y que ella fué la primera causa de este drama. Así pues, en el sitio que debe tocar al retrato del gran Dux, no ví mas que un paño negro y una inscripción que decía: Marino Faliero, traidor á la patria.

Cuando un viejo calvo y seco me condujo á las prisiones con una lámpara en la mano, de repente me ví trasportado á aquellos tiempos: oí el ruido de las cadenas, oí los ayes de las víctimas, y ví mil sombras pálidas que en vano buscaban un rayo de luz en sus oscuros laberintos. Me asomé á una rejilla estrecha y me apercí de que estaba sobre un puente; ¡no era otro que el de los Suspiros! ¡Salgamos, buen amigo, salgamos presto! le dije á mi guía; si su linterna se apagase, ¿qué sería de mí? En Venecia no quiero tener desagradables impresiones; adios; ya me arrepiento de haber bajado á estos sepulcros.

Mas cuando se pasea en los salones del Palacio de los Dux, es preciso recordar las singularidades de este pueblo original. Allí se mira el Gran Consejo como reunido todavía en esas tremendas asambleas: su poder era terrible, pero él mismo temblaba ante el Consejo de los Diez: los Diez lo podían todo, pero temblaban á su turno ante los Tres Inquisidores. Este reducido tribunal era una especie de misterio, y solo el Consejo de los Diez podía saber los nombres de sus individuos. El menor número era pues el soberano, y siendo *los Tres Inquisidores* el terror de todos los demás, es curioso ver como el uno de ellos mismos amaneció un día con la cabeza tronchada por la autoridad de sus dos colegas: si á este se le hubiera ocurrido una buena idea, habria hecho cortar con tiempo las cabezas á los dos, aunque no fuese sino por asegurar la suya.

El palacio de los Dux es una de las cosas mas bellas que he visto en toda Italia: parece una cosa de sueño, una morada de sombras, un recinto de seres escondidos que están tramando algún misterio. Cien veces he pasado en frente suya, y cien veces me he parado á contemplarlo. En alta noche, cuando las olas desveladas vienen á envolverse en sus pilares gimiendo tristemente; cuando la luna se adelanta por el cielo pasando de nube en nube; cuando todo es silencio, y en medio del silencio se ve alzarse esa blanca y caprichosa mole, es imposible no engañarse creyendo que ella sea una man-

sion fantástica, tras cuyas persianas se miran pasar y repasar ligeras y hermosas sombras. Un día llegó á sus puertas un armadillo caballero, y subió por la ancha grada que custodian dos gigantes: su largo alfanje iba arrastrando por los mármoles, y su peto de oro brillaba al rayo de la luna: dió tres golpes en su escudo, y al alzarse la visera vió unas luces misteriosas que se cruzaban tras los vidrios de las ventanas entreabiertas. Despues de eso tomó por un corredor oscuro y desapareció por un ingreso deshusado. A qué escondida estancia se hubiese dirigido, no se sabe; pero es lo cierto que tres días estuvo no sé en dónde, y que al cuarto le vió alguno salir con la mirada llena de felicidad y de alegría...

El interior no es una cosa mas real: sus anchísimos salones contienen la historia de Venecia en magníficas pinturas: ahí se miran poéticas batallas; ahí se transporta uno en medio de soldados y lucientes armas á las islas de Chipre y de Morea; ahí se reposa á la sombra de las palmas de Candia, y de lo alto de una torre se descubren los harenes en donde suspiran las sultanas de Constantinopla. La República llevó la guerra á todas partes; la victoria le salió al encuentro en todas partes: el Adriático desaparecía debajo de sus velas, su pabellón flotaba en torreones extranjeros: mil legiones se esparcían por los mares para volver cubiertas de trofeos y riquezas: esos soldados eran fieros, y no se quitaban el yelmo y la coraza sino para descansar en los brazos de las niñas que los esperaban en sus poéticas orillas. Ora una nave inmensa cargada de mortales elementos, luchando con los mares, envuelta en mil nubes irritadas y buscando agenas tierras en donde plantar sus estandartes; ora una suave góndola que surca lenta y silenciosamente las lagunas y va á buscar una grada de mármol en donde ponga el pié un disfrazado personaje. La guerra y los festines, el ruido de las armas y el gemido de las cuerdas, el valor y el amor por todas partes, así era Venecia en otro tiempo.

Mas ¿para qué ha guardado hasta ahora los emblemas de sus antiguas glorias? Yo veo los caballos de santa Sofía mostrando alzado el casco de oro sobre la fachada de San Marcos: estas columnas que se miran alzarse en estas márgenes, adornaban algún palacio del Oriente; este obelisco inmenso se lanzaba en otros aires. Estas piedras y porfiros son agenos, estos grupos fabulosos fueron hechos de otras manos, Armodio y Aristojiton suspiran prisioneros al pié del palacio del Gran Dux.

Mas ya no se mira flotar á la distancia el pabellón de la armada que vuelve de la guerra, ni se escucha el campaneó de las torres celebrando una victoria. Cien niñas con coronas de oro se avanzaban inciendando á los guerreros que traían nuevas glorias á la patria, y cien palmas formaban la umbrosa calle que los llevaba á la sala del festín: ahora, en vez de esas alegres virgenes se mira apenas una enlutada viuda que pasa silenciosamente los canales cubierta de su velo, cantando una área triste al son de las olas que se rompen en los muros; y en vez de las risueñas palmas que flotaban simbolizando la victoria, se mira ondear en *los tres mástiles* el pabellón del extranjero! Esos patricios nobles han desaparecido, pues que no veo mas que hombres humildes y barbudos, que bajando los ojos ante la mirada de un austriaco se van á suspirar sobre un lejano puente abandonando sus portales y sus plazas...

Venecia es uno de los nombres mas bellos y mas célebres de Italia. Mas ¿para qué voy á empeñarme en recordar grandes historias? Este aire comunica una especie de embriaguez á mis sentidos; esta luz, estas nubes, estas olas no son para hablar de cosas reales. ¿Qué me importa que Venecia haya perdido su política? Si yo puedo todavía enterrarme en mi honda barca y girar sin rumbo cierto por estos bellos lagos, no pienso en nada ni me acuerdo de otra cosa. Alguna sombra errante que hace tiempo que no he visto viene á pasar delante de mis ojos y me dice una palabra fugitiva...; los suspiros y los ayes que en otro tiempo oía velando al pié de una ventana, se renuevan á mi oído: esas cuerdas murmuran sus notas conocidas, esos ojos se tornan á mirarme... Así voy medio dormido corriendo por la superficie de estas ondas, que cierran despues de mi pasada los surcos que les abrió mi navecilla. Las escuadras zozobraron, los guerreros perecieron; tanto mejor para la gloria de esos tiempos. En cuanto á mí, mucho me gusta esta lánguida pereza con la que me quedo largas horas medio enterrado en la sutil arena de la márgen del Adriático: el viento silba y se revuelve en medio de las ondas; una ligera nave corre á la distancia con la vela desplegada; la espuma del mar viene á apagarse casi mojándome los piés; una concha y otra concha relumbran á mis lados; ¿para qué he de pensar en otra cosa? Ya sé detrás de cuál montaña ha de salir la luna; cuando ella se presente sentada sobre su blanca nube, yo me resbalaré á mi góndola: mi barquero entonará sus áreas conocidas, oíré alguna cuerda solitaria, veré una sombra de larga cabellera detrás de una cortina, y deslizándome por un canal oculto iré á dar yo no sé adónde...

Pero segun me entiendo, ¿yo quiero hablar de poesía? El mas grande y mas sombrío de los genios vino ya á cantar á estas riberas, buscando un rayo de luz y una sonrisa de su desgraciado espíritu: despues de la suya, cualquiera otra voz sería lo que la brisa del cercado al viento de los montes, lo que la tristeza de un oculto lago á la tristeza del Océano. Y bien que mi corazón está siempre lleno de melancolía, no encuentro yo palabras con que contar mis sensaciones. Cuando las olas de un amurallado puerto se hinchaban y levantan por alguna causa oculta, en vano es que se airen y vayan á dar

contra las piedras; que no encontrando una salida, se rompen y gimiendo se revuelven á su fondo conocido.

Pero los recuerdos de Venecia no me abandonarán jamás. Nunca he tenido la pretension de ser feliz; mas cuando pienso en que eso no es enteramente imposible, el corazón me salta de alegría. En medio mismo de esta isla encantadora mi pensamiento está muy lejos... Fijo la vista en un punto del horizonte, y la envío algún suspiro, que no sé si se detiene en esas rojas nubes del ocaso. ¡Quizás bajo los árboles de otras remotas playas hay una voz que tiembla al pronunciar mi nombre! Ahora que me siento con tanta fuerza para batir el remo de mi barca, ¿porqué no cruzo el mar rompiendo las ondas tras las ondas, y voy en busca de ese ser desconocido para traerlo á que habitemos juntos alguno de estos palacios encantados? ¡Oh no! Si empiezo á hablar de esta manera diré mil cosas tristes... Es mejor que estas ideas se tengan escondidas, porque no es bien que el arroyo se desborde y vaya á afligir á alguna planta solitaria, de tanto gemir en torno de ella.

Mas ya que voy á despedirme de Venecia, preciso es que yo no olvide la navegacion mas deliciosa que pude hacerse alguna vez. — El Gran Canal estaba casi abandonado; era tiempo que el sol se había puesto, y la luna apareció de repente en lo alto de los cielos; porque aunque hacia algunas horas que había dejado el horizonte, una porfiada nube la tuvo constantemente bajo de ella. Hice poner una bandera á la popa de mi nave, el *sirocco* la hinchó ligeramente, se metieron á bordo algunas cosas misteriosas, y mirando sin cuidado á las montañas de Istria, de donde se precipita el viento que los gondoleros tiemblan...

Pero ¿quién me entendería aquea historia?... Por otra parte, ella es muy larga, y ya es preciso que concluya. Si alguna vez me encuentro con la palabra dulce y armoniosa, la cantaré sin callar nada. Ahora es necesario que eche mi última mirada á estos palacios y estas torres, á esos recodos escondidos de los lagos. Pasando un puente y despues otro, subiendo una blanca grada y entrando por una portada destruida, iba á salir á un jardinito cuyas flores caen en el agua. Tres árboles ancianos me daban sombra al mediodía, y por la tarde me entretuvieron con el murmullo de sus hojas. Desde aquí los estoy viendo agacharse tristemente, ora á un lado, ora al opuesto, sin poder resistir la tramontana: su amarillenta copa está brillando al último rayo de la tarde; ¡queridos viejos árboles! no me canso de mirarlos, porque será la última vez acaso que los mire. ¿Y mi pobre negra góndola? ¡Voy á dejarte sin siquiera prometerme mi regreso! Deslízate gimiendo debajo de los puentes, que yo no olvidaré la blanca y larga estela que juntos íbamos dejando tras nosotros, ni esas huidas misteriosas que hemos hecho al despuntar del día: ora detuve el pié sobre la arena de la márgen, ora sobre una blanca grada: por todas partes me llevaste siempre, y solo á tí avisé la dirección que pretendía; ¡adios, querida góndola! ¡Y tú, secreta flauta que iba á escuchar en los balcones de Rialto, adios también! Esos conciertos melancólicos esperaban mi llegada; las palomas de San Marcos fueron todas mis amigas, porque mas de una vez vieron caer de mi enlutada mano un grueso chorro de luciente trigo. Cuando ellas bajen á su hora acostumbrada, será en vano que pasen y que vuelvan enredándose en los piés de los que ni las miran. Esas bandas armoniosas llenarán la grande plaza, esas banderas flotarán sobre sus mástiles, esas campanas gemirán sobre sus torres, y yo estaré alejándome por medio de otros mares.

JUAN MONTALVO.

Venecia 23 de marzo de 1858.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO EL DIA 14 DE MARZO DE 1858.

DISCURSO DEL SEÑOR CUETO.

Juicio crítico de Quintana como poeta lírico.

(Continuacion.)

Quintana se conmueve ante la imagen de lo bello y lo grande, y su alma se estremece al aspecto de la opresion y de la injusticia. No hay que analizar mas: Dios, me complazco en repetirlo, estaba en el fondo de su corazón. Pero ¿cosa extraña! singular poder de las preocupaciones! Una sola vez, y como por acaso, sueña en la poesía lírica de Quintana el nombre de Dios, y ni una vez siquiera levanta su musa á los sublimes ámbitos del mundo invisible; ni una vez responde su alma á las voces místicas del cielo con cánticos de adoracion, que están sin cesar resonando en la lira de los poetas cristianos.

El duro sacudimiento que, por las circunstancias especiales de su época, habia recibido Quintana en sus ideas, marchitó la flor delicada de la sensibilidad, que naturalmente se desarrolla en los primeros años del poeta. Los sueños del amor primero, el canto de un pájaro, el cáliz de una flor, la calma apacible de un remanso bastan á casi todos los poetas para despertar el eco de esas deliciosas quimeras que constituyen el tesoro de nuestras ilusiones. Pero no busquéis en los versos de Quintana esta poesía suave y virginal: no bus-

queis tampoco esos delirios de un corazón que se consume en el fuego escondido de sus melancólicos sueños, como una gota de agua en el abrasado arenal de un desierto. Quintana define perfectamente las tendencias poéticas de su alma en estas palabras, que dirige á Cienfuegos en la dedicatoria de sus poesías.

«Tengan en buen hora otros escritores la gloria de pintar con mas halago las gratas ilusiones de la edad primera; haga en buen hora su mano resonar con mas gracia el laud de Tibulo ó la lira de Anacreonte; pero no aquellos que sientan en su corazón el santo amor de la virtud y la inflexible aversión á la injusticia, los que se hallen inflamados del entusiasmo puro y sublime hácia el bien y dignidad de la especie humana.»

Como se ve, la musa de Quintana no es la ninfa vaporosa y ligera que acaricia y deleita: es la matrona grave é inexorable, que solo sabe amar sus encumbrados ídolos: el heroísmo, la ciencia, la patria, la justicia, la libertad. Pedidle ardientes sentimientos, gritos de indignación, himnos de gloria; pero no le pidáis dulces engaños ni ilusiones doradas.

Después de esto se comprende fácilmente que el amor á la mujer no sea tampoco fuente de inspiración para Quintana. Y no es decir que no admire á la mujer y que no sienta la magia de la hermosura. Quintana rinde tributo á todas las formas de la belleza. ¿Cómo habia de ser insensible á ella en la forma mas pura, mas animada y mas seductora que ofrece la creación? Pero del amor espiritualista, individual, exclusivo, que encadena un alma á otra alma, que hace de una sola mujer la compañera de nuestra vida y el fin de nuestra terrestre ventura; de ese amor santo y místico se advierte apenas rastro en las obras poéticas de Quintana. En la expresión del amor, mas que en la de otro cualquiera sentimiento, se acerca este escritor á los poetas de la antigüedad. En la poesía de las sociedades paganas, la mujer, esclava y mal apreciada, no era mas que un objeto de admiración y de deleite por sus cualidades externas, y no pocas veces un ser funesto que la fatalidad enviaba para trastornar la sociedad, manchar la gloria y emponzoñar el alma de los héroes: en la poesía cristiana, la mujer es una figura noble y respetada, ya visión celestial, que lleva nuestro espíritu á sobrenaturales esferas, ya ángel de bendición y de consuelo, que infunde aliento y grandeza á nuestra alma, que ilumina nuestro hogar con su virtud y su alegría, que gime con nosotros en los momentos de adversidad, que cuenta por los latidos de su corazón los latidos del nuestro. Comparad, por ejemplo, la Briseida, la Elena, la Circe de Homero, la Medea y la Fedra de Eurípides y la Electra de Sófocles, con la Beatriz del Dante, la Laura de Petrarca, la Herminia del Tasso, la Julieta de Shakspeare, la Margarita de Goethe, y vereis resaltar al punto la profunda transformación que el cristianismo ha introducido en el carácter, en el destino y en la influencia moral de la mujer. Recordad á Priamo, en el canto tercero de la Iliada, cuando fascinado al presentarse Elena, exclama de consuno con sus compañeros los ancianos caudillos de Troya: «¿Cómo llevar á mal que los troyanos y los aqueos arrosten tantos males por tan peregrina hermosura, que tiene el porte y el semblante de una diosa inmortal!» Recordad también al Areópago de Atenas perdonando á la culpada Frine, cuando, al rasgarse sus vestiduras, descubre la gallarda esbelteza de sus formas. Claro es que en una sociedad idólatra y materialista que así se dejaba avasallar por las impresiones de los sentidos, la literatura habia de estar dominada por el culto de la forma y no por el culto del espíritu; habia de cifrar su principal hechizo en la majestad y en la lozanía de las imágenes y no en los fantásticos devaneos del pensamiento ni en los misteriosos movimientos del corazón.

Quintana en su admiración á la mujer quiere hermanar los sentimientos íntimos y los encantos exteriores. Pero su musa solemne y rígida no tenia acentos para los desvarios místicos ó tiernos del amor. Algunas veces ha ensalzado en su lira los encantos de mujeres determinadas; pero nunca se traslucen en sus versos las intensas amarguras ó los ideales éxtasis de un corazón que ama de veras. Si admira conmovido á *Luisa Todi*, no la mujer, la magia de la música arrebatada su fantasía: si, con una riqueza de imágenes y una entonación comparables á las de la poesía griega, canta á *Cintia* bailando, la gracia, la belleza exterior y el número de las artes le inspiran: si entona delicados himnos de alabanza á la *duquesa de Alba*, mueven su ánimo las virtudes de la beneficencia; y si llora la ausencia de *Célida* y la llama con este verso delicado:

«Ángel consolador, ¿dónde te has ido?»

la musa de Quintana sabe emplear las mas halagadoras formas, y expresar la pasión aparente que se elabora y forja con la imaginación, pero es harto analizadora y disertadora para que no se columbre desde luego que aquel fuego de amor no está muy hondo ni abrasa mucho en el corazón, y que aquella ternura es la del amigo que consueta mas bien que la del amante que con su dolor se martiriza el alma.

En su magnífico canto á la *hermosura* es donde campean con mas amplitud y desahogo las galas de la imaginación de Quintana en los espacios del amor. Allí no hay objeto determinado; allí no está el alma aprisionada en la cárcel de otra alma. Es un himno de admiración al sexo entero. El poeta no tiene á quien dirigir su corazón, y al pensar en el realce que da la sensibi-

lidad á la hermosura, su mente evoca la imagen de Eloisa, tradición del amor sublime que se mantiene inalterable como un arca santa en los recónditos senos del alma. Este recuerdo de amor cristiano hace adivinar al poeta cuán celestial prestigio añade el sentimiento á los hechizos de la hermosura y le inspira el bellísimo apóstrofe con que termina el canto:

«Así sus ayes lastimeros hienden

(va hablando de Eloisa)

De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba, y llanto,
Llanto mas bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca pareceis mas bellos,
Sabed que nunca sois mas poderosos
Que cuando en vos se mira
El vivo afán que el sentimiento inspira.
Sin él ¿qué es la beldad? Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazón no adora.

A pesar de este homenaje tributado al instinto del sentimiento, las emociones del corazón no toman nunca en Quintana el camino de la verdadera ternura. Siente activamente el imperio de la hermosura; pero la siente á la manera de los poetas gentiles, sin idealismo y sin melancolía. En su canto á la *hermosura*, su corazón no responde á otro corazón; no individualiza; ama al sexo entero; y no es posible engañarse: quien amando no individualiza, no ama. Además, señores, en ese mismo canto hay visibles rastros de que en las expansiones poéticas del amor no se apartaba del pensamiento de Quintana la poesía de la antigüedad. ¿Quién no reconoce en aquellos sabidos versos:

«Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe, etc.

el recuerdo de la célebre oda de Safo conservada por Longino y traducida en parte por Catulo y Boileau? Este último empieza así su traducción, en verdad sobradamente aplaudida:

«Heureux qui près de toi, pour toi seule soupire;
Qui jouit du plaisir de l'entendre parler;
Qui te voit quelquefois doucement lui sourire, etc.

No cabe dejar de ver aquí el original de aquella imitación. Pero en sus propias inspiraciones resalta espontáneamente, á veces, la tendencia materialista que prepondera en los cantos de Quintana dedicados á la mujer. En la composición publicada en la *Corona fúnebre* formada con motivo de la muerte de la señora doña María de la Piedad Roca de Togores, duquesa de Frias, tenemos de ello un indicio harto claro. Todos los poetas que escribieron para la *Corona* lamentaron con amargos acentos la pérdida de aquella esclarecida señora, é hicieron notar el vacío que, por sus insignes prendas de corazón y de entendimiento, habia dejado en el ánimo de su esposo y de sus amigos. Quintana, arrastrado siempre por el culto de la exterior belleza, ni encuentra lágrimas para aquel infortunio, ni intenta mitigar la pena invocando los de-ignios de la Providencia. Su fantasía le ofrece un singular medio de consuelo. La mujer pierde á sus ojos, al perder la hermosura, la esencia de su ser, y no juzga tan grave desventura que venga la muerte á preservar á la mujer hermosa de la triste decadencia de sus hechizos materiales. Ved con cuánta claridad expresa el poeta su admiración materialista en esta lozana estrofa:

«Bella fué, bella aun es, la amásteis bella,
¿Quereis que venga la vejez odiosa,
Y en ella estampe su ominosa huella?
¡Muera mas bien que envejecer la hermosa!»

No es este el amor de la poesía cristiana. Esta nos lleva irresistiblemente á la meditación y á los afectos misteriosos del alma, y antepone á los encantos que se perciben con los sentidos aquellos que son visibles únicamente para los ojos del espíritu. No llegó en esta parte mas allá que mi ilustre antecesor la civilización sensual de la Grecia, que divinizaba la materia y queria ver, por decirlo así, el sello de la forma artística en cuanto excitaba la admiración.

El amor á la humanidad es uno de los mas puros y nobles manantiales de la poesía de Quintana. Recorred sus obras: en todas ellas encontrareis vivo y palpitante ese sentimiento sublime, que es el camino por donde mas se acerca la inspiración de nuestro poeta á su origen divino. ¿Cuál de vosotros no recuerda en este momento aquella magnífica oda á la expedición española para propagar la vacuna en América? Al parecer ¡qué prosaico y embarazoso asunto para las manos delicadas, y por decirlo así, aristocráticas de la musa lírica! Y sin embargo, no cabe mas elevación de pensamiento, mas

calor de alma, mas nobles atavios de lenguaje que los que emplea el poeta para ensalzar la expedición. ¿Quién no admira la ática delicadeza con que habla del antidoto de las viruelas?

«Las madres desde entonces
Sus hijos á su seno
Sin susto de perderlos estrecharon,
Y desde entonces la doncella hermosa
No temió que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.»

El entusiasmo lo ennoblece todo en las letras; y ¿cómo no habia de sentirle quien pone en boca de Balmis estas palabras tan sencillas como fervorosas?

«Yo volaré, que un núnmen me lo manda:
Yo volaré: del férvido Océano
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida.»

A este linaje de emoción moral pertenece asimismo, si bien mezclada con la emoción política, la admirable oda á la *invención de la imprenta*. ¿Qué podria decirnos, señores, en alabanza de este canto magnífico que no esté en la conciencia literaria de cuantos me escuchan? Vosotros sabéis que en casi todas las naciones civilizadas ha habido escritores que entonen himnos á la imprenta; pero ninguno, podemos decirlo sin que se nos tache de engreimiento nacional, ha sabido hallar tonos tan altos, miras tan trascendentales y acentos tan grandilocuentes. A la luz del progreso humano, la mente de Quintana se conmueve y se inflama, y aquí se juntan en su ánimo el amor á la gloria, el amor á la ciencia y el amor á la libertad.

Presentes están sin duda á vuestra memoria aquellas estrofas elegantes y numerosas en que nos pinta cómo, sin la imprenta, se devoraban los siglos á los siglos, hasta que por medio de ella el pensamiento

Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera
Y hablar ya pudo con la edad futura.

¿Cuánto se anima su elocuencia al contemplar las conquistas del entendimiento humano, que abraza en su vuelo la creación entera! Permittedme, señores, que ceda á la tentación de recordar aquellos versos tan sonoros, tan rápidos y tan concentrados:

«Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar; la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impio,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.»

¡Lástima, en verdad, que deslustren este eminente canto algunos pensamientos inspirados por el frenesí que despertaron las doctrinas escépticas en imaginaciones temerarias! ¿Cuántas veces los hombres de sano corazón y de sosegados instintos han deplorado aquellas enconadas palabras!:

«¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.»

¡*Monstruo inmundo y feo* la veneranda Iglesia católica! Señores, casi no es posible indignarse contra este sacrilego desvario. Su acerbo tono, su agresiva violencia os están diciendo que el fanatismo político anublaba en aquellos tiempos la razón de Quintana. La época en que fermentaban sus primeras pasiones políticas era una de aquellas en que las civilizaciones reciben rudos sacudimientos, que desnaturalizan los principios y trastornan las ideas y los sentimientos morales. En la obcecación de aquel vértigo terrible y pasajero no herian los ojos del fogoso poeta los resplandores de paz, de amor, de caridad y de civilización que ha difundido el solio divino de San Pedro: no advertia que en él estriban, como en su natural asiento, los altos principios de la *unidad* y de la *autoridad*, que nunca han parecido mas grandes que cuando el

libre exámen, que no está en divorcio con ellos, ha venido á demostrar que son basa en que descansa el órden moral, y fuente de la fe, consuelo y vida del corazón. Pero olvidemos, en gracia de las inspiraciones del poeta sublime, los arrebatos del filósofo extraviado; y con tanta mejor voluntad, cuanto que la filosofía de Quintana *crimen fué de su tiempo*, y no suyo. El padre Velez, autor de una obra en que la recta intención supera muy visiblemente al desempeño literario, demuestra que las citadas palabras son reflejo fiel de otras palabras del rey Federico II. Esos alardes de incredulidad desenfadada, esos declamatorios vaticinios, esos desmandados ataques á la majestad de la religion, son achaque inevitable y casi universal de las grandes turbaciones sociales que enflaquecen y quebrantan los principios fundamentales en que descansa la conciencia humana. Pero estas crisis pasan al cabo como las tormentas de los mares: los santos instintos que Dios depositó en nuestra alma prevalecen sobre las discordias y deleznales creencias que en su seno ate-

soran las revoluciones, y tarde ó temprano triunfa del entusiasmo del error el entusiasmo de la verdad.

Preocupaciones y arrebatos de índole semejante extraviaron igualmente á Quintana en su poética fantasía titulada *El Panteon del Escorial*. Su noble horror al despotismo, exagerado y desquiciado con sus fantasmas de opresion, le lleva á desatender las condiciones y las influencias históricas, á olvidar los móviles morales de los tiempos pasados y hasta á calumniar los caracteres. Su apasionada musa convierte á Felipe II en un vulgar tirano, y á Cárlos V en un conquistador arrepentido. Aquel pierde su elevacion sombría, este su majestad y su grandeza. Felipe II, sobre todo, es el blanco de las iras poéticas de Quintana. Schiller y Alfieri no amenguan tanto su figura imponente y grave. El Felipe II de Quintana no es el monarca adusto, rígido y tenaz, pero prudente, diestro, altivo y eminentemente español, que nos presenta la verdad histórica; es el Felipe II zaherido y calumniado, que con testimonios de origen luterano crearon los enciclopedistas

franceses. La memoria de aquel gran monarca (el mismo Quintana lo dice)

« De odio á un tiempo y horror le estremecía. »

(Se continuará.)

La romería de San Celerin en la Baja Normandía.

Entre las numerosas ermitas normandas que son en todas las épocas del año objeto de devociones y de novenas piadosas, es muy célebre la de San Celerin, situada en la aldea de Roncamps, entre Condé y Aunay, donde la fama popular del santo á que está consagrada atrae una afluencia considerable de fieles, sobre todo durante un mes, desde el 7 de mayo al 7 de junio. Esta romería, sin embargo, no ofrece nada que pueda herir profundamente la imaginación; — ni la majestad ó la antigüedad venerable del monumento religioso, ni la pompa de las ceremonias del culto, ni la consagracion



¡La romería de San Celerin.

de la religion, ni aun siquiera la leyenda maravillosa del santo patronímico.

La capilla, propiedad particular de un posadero, es una humilde construccion con techumbre de paja, sin campanario, y que en nada se diferencia de las cabañas de la vecindad; el interior pobre y desnudo no tiene otro adorno que la imagen del santo venerado cubierta de cintas arrugadas y de oropeles descoloridos, estatua incompleta y tosca sobre la cual el picapedrero de la aldea acomodó como pudo una cabeza obra de sus manos, grotescamente cubierta con el sombrero moderno. El patron del lugar es, segun dicen, un santo apócrifo que no figura en ningun calendario y que la Iglesia repudia (en efecto jamás se celebra en la capilla ninguna ceremonia religiosa); nadie sabe decir dónde ni en qué tiempo existió; los que mas saben pretenden que era un pastor canonizado por sus virtudes.

Pero lo que nadie ignora, porque es una tradicion transmitida de padres en hijos, es que la fuente próxima á la capilla posee la virtud maravillosa de curar toda clase de enfermedades; esto hace que acudan allí de todos los puntos de la comarca, aun de los mas lejanos.

Cada dia se renueva el espectáculo de una multitud de pobres enfermos y de devotos que con una fe primitiva van á buscar la salud para sí ó para las personas que les son queridas. Despues de rezar largo rato en la capilla al bienaventurado pastor, los enfermos van á la fuente; las madres sumergen en las aguas á sus hijos raquíticos y dolientes, y los devotos en buena salud toman agua que llevan á los que están clavados en el lecho del dolor.

Dícese que todos los años se operan curaciones sorprendentes, y que solo pueden explicarse por la omnipotente intervencion de san Celerin. Sea como quiera, todos los devotos se vuelven en silencio llevando consigo la consoladora esperanza de una pronta cura, y á pesar de las decepciones inevitables, la devocion á san Celerin se aumenta todos los dias.

Anualmente se celebra una reunion cerca de la capilla á la que acuden las poblaciones de los campos, de las cuales una masa compacta acude sin cesar á hacer sus devociones al santo. Continuamente hay abluciones en la fuente maravillosa, y las buenas mujeres llenan botellas por precaucion contra las desgracias imprevis-

tas. Los grupos de aldeanos se reparten y se extienden alegremente por la yerba fresca de los prados; se improvisan comidas campestres á la sombra de los manzanos en flor; la cidra circula en jarros, y el rústico cantor divierte á un crecido auditorio de mozos y muchachas que le acompañan con el cuaderno de canciones en la mano.

El vendedor de rosarios benditos entona las alabanzas de san Huberto ó de santa Genoveva de Brabante y despacha sortijas, medallas y escapularios que es un portento. Los tenderos ambulantes hacen tambien su negocio, y la que dice la buenaventura, discretamente abrigada detrás de unas matas floridas, pronostica á los novios y novias que acuden á ella una larga serie de felicidades.

Pero de repente se oye el violin; la juventud corre hácia el tonel donde se alza orgullosamente el músico de aldea, y principian las danzas.

Cuando las primeras sombras de la noche oscurecen las copas de los árboles, y el risueño entona su cántico melodioso, la funcion se acaba, y cada familia toma el sendero que conduce á su aldea.